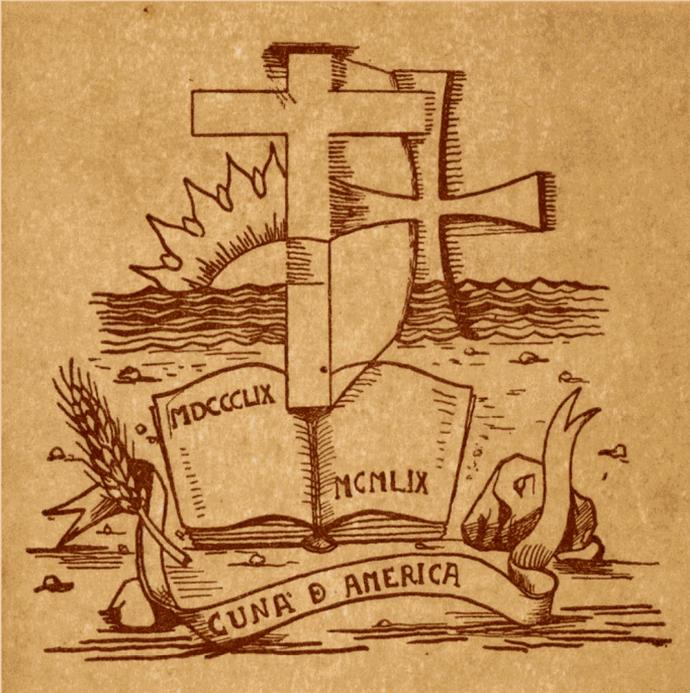


Alfonso

JAVIER ANGULO GURIDI

IGUANIONA



MDCCCLIX - MCMLIX





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

JAVIER A. GURIDI

I g u a n i o n a

DRAMA HISTORICO

EN VERSO

Y EN TRES ACTOS

— 1867 —



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Editora Montalvo = José Reyes 44 = Ciudad Trujillo, R. D. = 1953



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

**Colección Conmemorativa del
Primer Centenario de la
Logia Cuna de América**



Dr. Juan Duroin

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

VOLUMEN

- I -

Iguaniona es una afortunada interpretación del momento histórico de la conquista, del choque de dos razas —la española y la aborigen—, y del conflicto que se plantea entre el propósito de la conquista militar y el de la conquista espiritual, entre la política de dura represión en la cual se afianza la codicia del encomendero y el anhelo evangelizador de los predicadores que por medio de la persuasión y la enseñanza aspiran a incorporar al indio a la civilización cristiana en vez de someterlo al servilismo o condenarlo al exterminio. Aunque algo lenta en el proceso de sus escenas, lo que le resta animación a ciertos pasajes, la obra de Angulo Guridi, escrita en versos correctos y sonoros, puede considerarse un empeño bien logrado.

MAX HENRIQUEZ UREÑA.



AL JOVEN POETA DOMINICANO

JOSE JOAQUIN PEREZ

I

Aprovechado compatriota y hermano:
Antiguamente había un rigor excesivo en la aceptación de las ofrendas.

El paganismo, que es a lo que quiero referirme, era despótico; y no consentía que en sus altares se hiciesen otras ofrendas que las de *erales* blancos y de incienso de la Tracia.

Así, los que ofrecían un cordero, los que intentaban alimentar el fuego sagrado con el tomillo de *Acava* o con el cristalizado licor del *Abraganto*, se reputaban como profanadores de los Dioses.

¡Triste condición, en verdad, la de aquellos en quienes no se maridaban el fervor y las riquezas!

Pero todas esas tiranías desaparecieron con la venida de Jesús.

Jesús fué el institutor de la libertad en absoluto.

A nadie excluye su doctrina, a nadie impone condiciones, a nadie cierra las puertas de los templos.

Por eso, desde entonces hasta hoy, opulentos y mendigos podemos acercarnos, sin temor, al ara; y deponer en ella nuestras variadísimas ofrendas.

Yo quiero, pues, utilizar esa redención de la conciencia sin entrar en la órbita del dogma.

Yo quiero, aunque pobre ofrendario, entrar en el santuario del entusiasmo usando de mi libertad en absoluto.

Y entro, en efecto, para dedicarle a usted —como per-



sonificación que es del Talento— esta inodora flor, nacida en el erial de mi cerebro.

A primera vista parece como que hay algo del paganismo en esta idea.

No es así. Yo divinizo el talento como emanación del mismo Dios, como uno de los diversos medios de que EL se vale para revelarnos su grandeza.

A usted, pues, que bajo este punto de vista es para nuestra patria uno de sus pocos elegidos, dedico mi IGUANIONA.

Acéptela sin parar mientes en su precio, sin rebuscar en ella matices raros o lujosos.

Ese sería un trabajo inútil.

Yo principié este drama precisamente cuando comenzaba la decadencia de mi vida, a los cincuenta años de edad; y usted sabe que siendo el hombre una planta, tiene que presenciar un día la debilidad y pobreza de su savia, la degeneración caprichosa de sus frutos...

Sin embargo; mi voluntad es que su acreditado nombre figure al frente de mi IGUANIONA, como un escudo contra el venablo de la crítica.

Haga usted el sacrificio de consagrar mi voluntad, y lleve su condescendencia hasta el extremo de oír ahora a qué circunstancia debió este drama su inesperado nacimiento.

II

Hace once años que escribí un drama histórico, titulado *El Conde de Leos*, el cual se representó inmediatamente en el teatro de esta capital.

Lo escribí entusiasmado por las grandes facultades del Sr. Antonio Zafrané, actor amigo mío y hábil intérprete del antiguo carácter castellano.

Y no sé si por el conjunto de la obra, o porque acertara a colocar mi Conde a la elevada altura del artista; o —lo que es más posible— por galantería de los espectadores, lo cierto es que fué mejor recibido de lo que pude prometerme, habiendo alcanzado que se me dispensara hasta el honor de *la chiamatta*.

El éxito había satisfecho mi amor propio; y la satisfacción del amor propio es, en gentes de nuestro oficio, el más eficaz de los estímulos.

Imposible es adivinar lo que de ahí se derivó.

VIII



Desde entonces la literatura dramática fue para mí un hermoso sueño de oro.

Pero a espaldas de la satisfacción ruge siempre el sufrimiento.

Y en esos días el sufrimiento se desplomó sobre mi cabeza como una manga de fuego.

¡Era el Vesubio que con su túnica de lavas cubría los jardines de Herculano!

Así pues, el calabozo, la rueda y el destierro.

Sin embargo, todo eso tuvo su razón de ser.

Yo soy, como usted, dominicano; y con muy *rara avis*, los hijos de esta tierra hemos rendido culto a la esfinge de la política, siempre fecunda en sinsabores.

Por ella los apuré todos. Los apuré diversas veces: primero con espanto, más tarde con valor, por último con indiferencia.

¡No así mi esposa, quien mal preparada contra esos rudos sacudimientos, se rindió a su fuerza, en el apogeo de la juventud, como se rinde la azucena al soplo de los ábregos!...

Cuba, que la dió el ser, recibió su última mirada: mi amante corazón su último acento!...

Como un paréntesis al abatimiento que me produjo aquella pérdida, recordé el compromiso que había contraído con el primogénito de *El Conde* —el AMOR PROPIO.

Entonces escribí otro drama, más ajustado a la verdad histórica y más rigurosamente nacional. El que tengo la honra de dedicarle y someter a su examen.

He dicho mal: el que le remito para que lo juzgue con toda la severidad de su doctísimo criterio, con toda la independencia de su alma.

El fallo de un hombre como usted, aún siendo adverso, favorece mucho más que las alabanzas de esas mediocridades que pululan en los polos del mundo literario, enamoradas de su propio tenue ruido.

Sí. Juzgue usted con inflexible pluma mi IGUANIONA, virgen nacida en las religiosas selvas de *Quisqueya* y sacrificada en los albores de la vida por glorificación de la más tristemente inmortal de las empresas!

Yo no me prometo, de su resurrección artificial, ni gloria ni dinero.

Mis aspiraciones se limitan a que, si este fenómeno se hace público algún día, la humanidad refrende, al con-



templarlo, la justa indignación que desde cuatro siglos viene resignando al salvaje *derecho de conquista*.

Como obra literaria, y no obstante su gestación de más de tres períodos naturales, IGUANIONA podrá ser un conjunto horrible de defectos, o de incorrecciones cuando menos.

Pero como hecho histórico, es todo lo que hay de vergonzoso para sus impíos consumidores.

Ahí la tiene usted.

Júzguela bajo uno y otro aspecto.

Júzguela sin siquiera la sospecha de que *el pasado o yo* protestemos contra las apreciaciones de usted, por mucho que nos hieran.

Lo callaré reconociéndome culpable por audaz.

El... por haber anegado en sangre el más inofensivo y hermoso de los mundos!...

Su admirador y hermano,

JAVIER A. GURIDI.

Santo Domingo, Agosto de 1867.



AL DISTINGUIDO POETA DOMINICANO

JAVIER A. GURIDI

Hay casos que ocurren pocas veces en la vida, pero cuya magnitud deja en el ánimo profundísimas impresiones que jamás borra el tiempo, ese perenne cómplice del olvido.

Tal fue la que causó en mí la inesperada honra de ver mi nombre al frente de una producción de usted.

—¡Cómo! —me he dicho y repetido muchas veces, sin salir de mi creciente admiración—. ¿Dónde y cuándo he podido yo adquirir el menor derecho a la distinción de una de las más preclaras inteligencias de mi país? ¿A qué méritos debo esos halagadores conceptos con que tanto me enaltece, hasta el punto de considerarme digno de emitir un juicio acerca de una de sus obras?

En verdad que la benevolencia de usted me ha colocado en una de esas circunstancias raras, excepcionales, en que la mente se abisma en una vaguedad abrumadora que mata el pensamiento confundiendo la razón.

Es bien extraño que el maestro descienda de su encumbrado sitio para poner en manos del humilde discípulo el símbolo de su autoridad y oír de sus labios la sentencia que absuelva o condene sus doctrinas.

Y en esto de llamarme su discípulo no hay fingida modestia, ni la más mínima exageración.

Mi primer libro de lectura —bien puede así decirse— fue un periódico en el cual usted derramaba a manos llenas tesoros de lozana e inagotable inspiración; y aquella poesía vivificadora, suave y armoniosa, hizo vibrar en mí la fibra del sentimiento, revelándome que en el fondo de mi espíritu había algo del numen del autor de *El suspiro y*



la canción, de los *Adioses*, y de otras producciones que yo devoraba con afán en las columnas de *El Oasis*.

Cada estrofa de sus inspirados cantos vertía torrentes de luz en mi alma e impresionaba mi corazón de adolescente, donde estaban como dormidas las palpitaciones de la vida del sentimiento.

Entonces ¡cuán lejos estaba de imaginarme que llegase el día en que usted mismo me designara como el juez de sus enseñadoras producciones!

Pero ya que tanta honra me obliga a corresponder a sus deseos, no será sin que proteste de antemano que en nada influyen los elogios que usted tan inmerecidamente me prodiga, para que la más severa imparcialidad no me sirva de guía en este desaliñado análisis de su IGUANIONA.

..

Desde que leí la obra de usted y en un momento en que el entusiasmo me dominaba por completo, no pude menos que preguntarme:

¿Habrà llegado acaso el día en que nuestra literatura haya adquirido ese carácter eminentemente nacional que la distinga de la literatura de los demás pueblos?

¿Empezará acaso a realizarse ese ideal que tanto hemos acariciado los amantes de las bellas letras, para gloria y esplendor de nuestra infortunada tierra?

¿Cesarán ya en el terreno de las conquistas del pensamiento las serviles imitaciones y los remedos insustanciales, flores prestadas con que nuestra musa —la musa tropical, habitadora de las selvas vírgenes y las agrestes soledades— se engalanaba para asistir a nuestras escasas juntas literarias y arrancar los aplausos de la multitud?

—¡Oh, que sí —me he contestado al ver ese movimiento que empieza a operarse ya, y en el cual usted tiene la gloria de figurar como uno de sus principales iniciadores.

La obra de usted viene a indicar que aquí existe copiosa fuente donde apagar su sed el genio investigador; que la historia de este país, desde sus primitivos tiempos, puede servir de campo vastísimo para cosechar abundantes frutos, no tocados aún por ninguna mano.

Ese pasado está allí, con la inmóvil solemnidad de sus pavorosos misterios, esperando que sus cenizas vayan a reanimarse con el soplo vivificador del pensamiento.



Del polvo que huella nuestra planta se alzan otras generaciones, pidiendo el juicio de la posteridad ante el tribunal de la historia.

Debemos evocar las sombras que duermen en la noche del olvido, e iluminarlas con los esplendores de una nueva vida.

Hay todo un mundo de poesía, de amor, de heroísmo, de libertad, de martirio, bajo ese sudario inmenso.

Basta a nuestra literatura hacer lo que usted ha hecho, para nacionalizarse, para emanciparse, para que sea verdaderamente digna de corresponder a sus fines como la más sublime expresión del arte y el más fiel reflejo de la sociedad.

Considerada bajo este punto de vista, su *Iguaniona* es una obra de un mérito sobresaliente. La originalidad del pensamiento, que ha presidido en la composición del drama, campea sobre todo lo demás que haya en él de accesorio.

Su drama es todo un símbolo grandioso y elocuente. Es la síntesis profunda y vigorosa de una época con todas las peripecias y transformaciones que la caracterizan. Nada falta en él: ni el rasgo heroico, ni el rasgo poético que distingue a todas las civilizaciones nacientes. Porque parece ley ineludible de la infancia de todas las razas que, al alcance de su cuna y como arreos que les son necesarios, se encuentran siempre, de un lado el dardo o la espada y del otro la lira; con los primeros defiende su independencia, cuya debilidad despierta la ambición de las demás nacionalidades, y con la otra canta sus triunfos, cuya fama es más grandiosa por efecto de esa misma debilidad de su constitución. Así que, si vemos en los pueblos antiguos esa fraternidad de la espada y de la lira, en sus orígenes, también nosotros podemos exhibirla con justo título en esas dos grandes figuras de nuestra historia primitiva: *Caonabo* y *Anacaona*, el valor indómito y la poesía viviente.

Iguaniona es la virgen heroica, la mujer sublime que lleva encarnado en su destino el destino de su patria.

Paréceme ver en ella la imagen de la patria misma, libre, sencilla, candorosa, amante, en presencia del conquistador, frío, egoísta, calculador, audaz, ambicioso; ella durmiendo confiada bajo la bóveda de sus bosques, a la sombra de sus palmas y a las orillas de sus ríos; él asechando la hora en que ha de sorprenderla para arrebatarle su amor, sus tesoros y su existencia.



Pero la virgen se yergue, soberbia, cuando cree que la mano sacrilega del aventurero invasor puede tocar su pudoroso seno; y cruza los montes y los valles, los ríos y los torrentes, y donde quiera hace reunir las numerosas tribus, alentándolas para que marchen al combate.

El conquistador ha comenzado ya su obra de perversidad, atentando contra la honra de la esposa de Guarionex, aquel cacique a quien se había tendido hábilmente la red y que doblaba la cerviz ante un yugo cubierto de flores, entre la ambición y la codicia disfrazadas con el manto de la fe cristiana.

Iguaniona es la vestal que guarda el fuego sagrado del patriotismo en el santuario de su corazón; ella es la reveladora del tremendo secreto, porque vé en el porvenir lo que espera a su amor consagrado al valeroso *Guatiguaná*, y lo que espera al suelo en que trascurriera su infancia mecida por las más deliciosas ilusiones.

Esa mujer es el instrumento de la redención de una raza inocente. Si la adversidad contraría los planes de los aborígenes; si al fin la sangre inunda el suelo de la patria y el exterminio no deja triunfar la civilización europea sobre la débil civilización indiana, es porque a tal resultado se encuentra sometida la humanidad en el curso de su carrera, obedeciendo a una ley predominante en la historia.

Iguaniona presagia el fin de la existencia de la libertad de su patria.

El sacrificio de su vida es la señal del sacrificio de la vida de su raza.

Su cadáver es una muda acusación de opropio e infamia para los implacables opresores de la infortunada *Quisqueya!*

Lejos de mí la idea de juzgar su *Iguaniona* —bajo el punto de vista literario— con esa severidad que casi raya en pedantismo y que muchos emplean para echarla de críticos ilustrados.

Tengo para mí que el mejor y más competente juez en este asunto es el sentimiento, unido al buen gusto.

Todo lo que en poesía habla al corazón; todo lo que no presenta esas monstruosas desproporciones que tienden a transformar el orden natural, es aceptable y digno de encomios.

Pero cuando, apartándose de la impresión favorable que hace una obra, se rebuscan aquí y allí defectos que pasan desapercibidos —porque no afectan el fondo ni os-



curecen la forma—, entonces valdría más no escribir para el público, así se sienta la inspiración que se desborda del alma.

No estoy por esa literatura *tirada a cordel*, según la feliz expresión de un eminente autor moderno.

Sobre Horacio, Quintiliano, Boileau, Blair, Martínez de la Rosa, Baralt, Bello y otros preceptistas está el gran preceptista de la naturaleza —el sentimiento que es el alma de la poesía, la vida de la literatura.

Si vamos a mirar con un microscopio la gota de agua que tiembla en el cáliz de una flor, donde se reflejan los rayos de la luz solar descomponiéndose en un iris de variados colores, ¿qué nos quedará de esa pequeña y encantadora maravilla de la creación? Una multitud de infusorios, de aspecto repugnante, nadando en un océano de cieno.

Sucede lo mismo con las obras del ingenio. A fuerza de analizarlas en sus más mínimos detalles, se convierten en un semillero de estupendas incorrecciones. Querer buscarle a la naturaleza sus más mínimas deformidades es aniquilarla impiamente.

Esto no quiere decir que yo lleve mi exageración, en la inobservancia de ciertas reglas, hasta proclamar la emancipación absoluta del culto de las formas. No, porque el buen gusto se ciñe a ciertos preceptos generales que están como imbibitos en la naturaleza. La razón tiene que ser la constante reguladora de los arranques desordenados e impetuosos del genio.

Así es que no me atrevería a echar por tierra la doctrina de las unidades ni de los caracteres en el drama.

Esta es como la base de toda composición de este género.

Y al leer su *Iguaniona*, cualquiera, tiene que confesar cuánta es su conformidad a los preceptos en este punto.

Unidad de acción, de tiempo y de lugar; todo está escrupulosamente observado en la obra de usted.

El carácter de los personajes se encuentra bien delineado y sostenido.

El de la protagonista se destaca por su firmeza en el amor a Guatiguana y por los esfuerzos que hace para que su patria sea libertada del yugo de la tiranía española. Aquel ánimo varonil domina la escena hasta el final del drama en que se sacrifica con la espontaneidad de un mártir, en aras de una causa santa, antes que entregarse a sus verdugos.



Guarionex, si es débil ante los halagos del conquistador, creyendo que la paz reinará en su amada tierra y le promete felicidad, tan pronto conoce su error, se muestra héroe y nada le detiene en su camino; porque la vergüenza de la pérdida de su honra evoca la venganza, y esta idea le sirve de sostén mientras no logre consumir el exterminio de aquella raza intrusa y corrompida.

Guatiguaná, si es el amante rendido ante la belleza, es también el adalid que corre al campo a inmolarsse por dos sentimientos: vé en *Iguaniona* la imagen de la patria, y en su honra también la de su adorado nativo suelo.

El Gran Sacerdote es el depositario de esa fe bendita que no abandona a los escogidos de Dios en las grandes calamidades. Todo lo que hace y dice en el curso del drama corresponde a su misión noble, patriótica y santa.

El carácter de los españoles se halla asimismo bien sostenido. La hidalguía de don Bartolomé Colón no está desmentida un solo instante; y únicamente cuando ya no valen las insinuaciones, es que se decide a apelar a las armas defendiéndose. Esta figura histórica está fielmente delineada en el drama.

Avendaño es un tipo parecido a todos esos aventureros que vinieron a esta pobre tierra con ánimo de corromper la inocencia de las costumbres, de amontonar riquezas y de vivir a expensas de la sangre y de la ruina de los infelices dueños de todo un hemisferio.

Por esa parte el drama de usted nada tiene que envidiar a las obras del arte más celebradas en el mundo literario.

Ahora, en cuanto a la versificación, no seré yo quien vaya a meter la hoz en ese tupido pensil de variadísimas flores cuyo perfume me embriaga y me deleita.

A cada paso se sorprende una belleza; en cada estrofa hay que detenerse para admirar la estructura admirable del pensamiento, vaciada en la forma rítmica de una armonía encantadora.

Se revela en todo que una mano maestra ha recorrido las cuerdas de esa lira, que ora resuena con los sonos bélicos y atronadores; ora modula el suave idilio del amor dichoso; ya canta las tristezas del desamparo del alma; ya se eleva a las regiones de la filosofía política y viste con el ropaje de la poesía las más abstrusas máximas del gobierno de los pueblos.



Si quisiese citar trozos que probaran esto, no tendría sino que abrir el libro al acaso, seguro de que en nada se desmentirían mis asertos.

Oigamos, si no, este interesante diálogo de Guarionex, Iguaniona, Guatiguaná, y el Gran Sacerdote.

GUATIGUANA

*¿Por qué, luz de mi existencia,
Solitaria el campo bordas,
Sabiendo que los peligros
Por doquiera le festonan?*

IGUANIONA

*Del Yásica gemebundo
En las márgenes sombrosas
Me entretuve, recogiendo
Estas láminas y conchas
De oro puro, que dedico
A tu penacho de bodas.
Si fué imprudencia, a tu hermana,
Como acostumbras, perdona.*

GUATIGUANA

*Cuando el huracán sacude
Su cabellera y se enfosca.
No deben estar ausentes
Los que de veras se adoran.
Deben buscarse y unirse
Como el coral a la roca;
Llorar juntos; de la suerte
Mecerse en las mismas ondas;
Morir, en fin, si es preciso,
Pero morir, Iguaniona,
Mandando juntas sus almas
Al imperio de las sombras.*

GUARIONEX

*Cuando Nonun por el éter
Resbala y su lumbre llora,
No deben estar inquietos*



*Los que de veras se adoran,
Deben unirse y cantarle,
Como al alba la paloma,
Gozar juntos; de su ascenso
Ser testigos en la costa;
Llorar, en fin, pero llanto
De regocijo, Iguaniona,
Viendo el campo de la vida
Cubierto de frescas rosas.*

SACERDOTE

*Cuando Luquo hace que truene
De los destinos la trompa,
No deben estar tranquilos
Los que sus iras invocan.
Deben gemir y agitarse
Como el colibrí en las hojas;
Llorar tristes; con sus ayes
Hender las sagradas bóvedas...
Rodar, en fin, al impulso
De sus culpas, Iguaniona;
Mas rodar purificados,
Sin átomo de deshonra.*

Entre un sin número de pasajes notabilísimos que hay en su drama, llama mucho la atención aquel en que Guatiguana cuenta a Guarionex la historia de la infame seducción de Betma; y aquel en que *Iguaniona* refiere haber oído la voz que decía:

*“Huye, Iguaniona, a los amigos suelos
De Cuba o de Carib. Los altos cielos
Irritados están porque ha cruzido
La sacra fruta bajo extraño diente;
Y esclavo ha de gemir, y en hondo olvido,
Pueblo que tal profanación consiente”.*

Todos esos pasajes y otros que sería prolijo citar, tienen ese sabor puramente indígena que nos hace transportar a aquellas épocas de primitivo encanto y de sencillísimas creencias en que todo se poetizaba, recibiendo animación y vida.



No puedo menos de señalar los siguientes conceptos :

GUARIONEX

*Jamás los pueblos
Perdonan el misterio en los que mandan.*
.....

GUARIONEX

*Nunca
Los que saben regir venias demandan.*

GUATIGUANA

*Ni nunca los regidos en silencio
Sufren tampoco a quien su fuero ultraja!*

Basta. Es tiempo de concluir este mal hilvanado ensayo.

Usted, que tantos lauros tiene adquiridos ya en esa carrera de las letras, y que en medio a los infortunios con que la suerte persigue a los hijos de este desgraciado suelo ha hallado un consuelo en el cultivo del arte dramático, debe seguir pisando con segura planta ese campo fertilísimo y brindando siempre frutos tan sazonados como éste.

Si el *Conde de Leos* —que no tuve la satisfacción de ver en escena, porque entonces yo, como usted antes, bebía el agua de extranjeros ríos—; si el *Conde de Leos*, repito, hizo nacer por su éxito favorable, esta nueva perla con que usted hoy enriquece la literatura nacional, es de esperarse que *Iguaniona* sea precursora de otros trabajos de igual género que le hagan merecer más y más la admiración y el aplauso de todos.

Permítame usted felicitarle sinceramente; permítame usted manifestarle mi deseo de ver a *Iguaniona* —a la virgen nacida en las religiosas selvas de Quisqueya— resucitada en nuestro teatro, para que los afanes de usted por honrar la literatura patria se vean recompensados, y para que nuestra generación abomine más ese pasado de tremenda iniquidad, siendo usted quien, con todos los colores de su tórrida y exuberante imaginación,

¡Le revele el horror de esa conquista!

JOSE JOAQUIN PEREZ.

XIX





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION

Parece que el destino de esta obra ha de ser siempre el mismo: ir de la mano del hombre maduro al más joven. Cuando Guridi se la ofrecía a José Joaquín Pérez (1867), para que con su prestigio la salvaguardara de los dardos de la crítica, contaba el autor de las *Fantasías Indígenas* veintidós años, todavía su ingenio no se había ejercitado en llevar al ritmo de sus estrofas dieciochescas o neoclásicas su evocación del mundo taíno, ya extinto bajo las cenizas del pasado histórico.

Que el hombre de 51 años, por tantos conceptos venerable, se aproxime al más joven en demanda del primer "sí", nos pone en noticia de los hábitos intelectuales de la época: el escritor que ostenta madurez intelectual no se envanece de ella, sino que procura asegurarse el juicio, favorable o no, del que ha llegado después a probar las galas de su talento innovador. Nada semejante es posible ya en el mundo intelectual de hoy. A tal punto ha llegado la disolución de la época, que el escritor maduro se encierra en una soledad egoísta y el joven sólo se ejercita, con notable empeño, para lanzar piedras contra los tejados de cristal ajenos. La conducta intelectual de Guridi, su serena humildad, es digna de que sea puesta ante los ojos de la apresurada avalancha de jóvenes iconoclastas que pululan en el reducido panorama de las letras patrias. Muchas meditaciones y enseñanzas pueden surgir del análisis de esa conducta ejemplar...

Al recibir la *Iguaniona* de Guridi, para prologar su segunda edición, sentí que yo no era el más indicado. Muchos varones notables en nuestra patria podían, pensé, hacerlo con más garbo y más copia de saber y de profunda erudición. Pero al recordar que la voluntad de Javier A.



Guridi, en el primer ofrecimiento de su libro, fué la de llegar al más joven, no quise que, por tibieza o vacilación, quedara roto el vínculo cordial con “lo joven” que estableciera el venerable maestro desde el día en que escribió su carta destinada a José Joaquín Pérez.

En esa carta nos comunica Guridi que dos motivos esenciales le impulsaron a componer su drama; el primero, nace del triunfo que el drama *El Conde de Leos* obtuvo al ponerse en escena: “fué mejor recibido —nos dice Guridi— de lo que pude prometerme; habiendo alcanzado que se me dispensara el honor de *la chiamatta* (sic); el segundo propósito de su obra está formulado en la frase siguiente: “Mi aspiración se limita a que, si este fenómeno se hace público algún día, la humanidad refrende al contemplarlo la justa indignación que desde cuatro siglos viene resignando al salvaje *derecho de conquista*”. Un propósito tan noble y tan romántico raras veces se ha dado en nuestra literatura.

Hay otro párrafo de dicha carta en que nos confiesa que el éxito satisfizo su amor propio, y por lo tanto de tal nació el primer intento dramático serio de nuestra poco caudalosa literatura. Por otra parte, el propio autor nos señala que en este drama se ha ceñido más a la verdad histórica y a un más riguroso sentido nacional. Guridi, pues, desea, pretende, desentrañar lo más vivo de nuestro carácter y de nuestra historia.

Conviene puntualizar que la actitud de ir hacia el pasado en busca de lo más genuino del alma nacional (o de la humanidad) fué inaugurada por el romanticismo germano e inglés. Walter Scott, por ejemplo, es el realizador de la novela de carácter histórico, que tuvo, posiblemente, su más alta cumbre en la *Salambó* de Flaubert, y en nuestros días en *Los idus de marzo*, del gran novelista y dramaturgo norteamericano Thorton Wilde. No echemos tampoco en olvido que el drama *Iguaniona* tiene su origen, por su estructura (intento de realizar las tres unidades) y su tendencia a lo grandilocuente, en los dramaturgos de la decadencia española; es decir, del siglo XVIII, nuestro mostrenco “siglo de las luces”, y como influencia más cercana, la de los dramas históricos del poeta hispano José Zorrilla.

Los historiadores de la vida cultural hispanoamericana han demostrado que, desde los comienzos del siglo XIX, la obra poética del autor de *Don Juan Tenorio* se difundió



por las antiguas colonias españolas y que ésta fué muy frecuentada por los poetas de la época.

En muchas partes del drama de Guridi nos parece percibir, atendiendo a lo que Humboldt llama "forma interior", cierto acento parecido al de la quintanesca obra dramática de la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda.

No deben asombrarnos estos parecidos estilísticos y (más importante aún) estructurales. Toda época literaria tiene sus normas que, en gran parte, la determinan. Pasados los tres primeros lustros del siglo XIX se intensifica el primer forcejeo de las letras hispánicas por liberarse de la retórica de Boileau, que le llegó a España con los primeros Borbones y que está codificada por el caudillo y preceptista de la tendencia afrancesada que fué Ignacio Luzán (1702 y 1754). Academicista y seguidor de lo seudoclásico francés (tan contrario a la expansión genialmente improvisadora del espíritu español), ignoró y menospreció a los más altos ingenios castellanos.

Empeñado en aplicar la regla de los antiguos, borracho de preceptos aristotélicos, destilados por Boileau, no fué capaz de comprender el sentido creador, eminentemente libre del gran teatro español del XVII. Es cierto que la *Poética* (1737) de Luzán es, en conjunto, una obra llena de buena erudición, y, contemplada desde el punto de vista grecolatino y francés, llena de crítica razonada, penetrante y certera.

El mayor error de Luzán consistió en olvidar el sentido racial, de proyección nacional, intransferible, de su propia literatura. A tal punto llegó su confusión ante los valores nacionales, que se entusiasma con Lupercio Leonardo de Argensola, poeta estimable, mientras critica con tibieza y con un tantico de desdén a Lope y a Calderón. Es tan grande el desacierto de este período que Agustín Montiano (1697-1764), poeta dramático de mediano valor aunque de notoria fama en este lapso, juzgó muy por encima del Quijote cervantino la segunda parte del de Avellaneda.

Pero no todo el siglo XVIII ni toda la erudición del momento siguió caminos tan equivocados. Con Gregorio Mayáns, los siglos XVI y XVII españoles tienen un ponderado conocedor. Su *Retórica* (1757) es una lección de crítica certera y objetiva; examina los autores clásicos con tal lucidez y con discernimiento tan recto, que sus juicios han sido confirmados por los métodos científicos modernos. Su intuición y su intelecto (claro y organizado), desentraña-



ron el sentido propio de nuestra literatura. Hace algunos años Morel-Fatio, en excelente trabajo erudito (1), hubo de señalarlo con beneplácito.

Extraños e incontrolables son los rumbos que en su desarrollo toma la cultura. España, que en su siglo XVI (antes que Francia y Alemania) (2), ha logrado su época clásica, por un descenso de su vida política y económica, pasa a imitar los preceptos literarios del siglo XVII francés, olvidándose, por otra parte, de que la literatura francesa del XVII le debe mucho a las propias obras españolas.

Producto derivado de la reacción española y de la América hispánica frente al siglo XVIII, retórico y afrancesado, es la *Iguaniona*. En la estructura de las tres unidas dejaron su sello indeleble los preceptos de Boileau. Este drama, lleva dentro la dialéctica que surge de la lucha entre el romanticismo y el neoclasicismo. De procedencia romántica es, un tanto tardío, su grave desarrollo indigenista.

Con la *Atala* (1800) de Chateaubriand se reinicia la temática indigenista (recuérdese *La Araucana* de Ercilla, en el XVII), impulsando a la literatura de la América hispánica, con su ejemplo, hacia el tema indígena.

Unos pocos años antes de la publicación de *Atala* de Chateaubriand recordamos la *Rusticatio mexicana* (1781 y 1782), escrita en latín por el guatemalteco Rafael Landívar (1737-1793), en cuya obra hay "honda comprensión y simpatía por la supervivencia de las culturas indígenas", según apunta Pedro Henríquez Ureña en su libro *Las corrientes literarias de la América hispánica*.

La literatura indigenista, como se ve, tiene, en cuanto realización, tantas raíces europeas como americanas. Nace, desde el punto de vista temático, como ya señalé, de la tendencia romántica a valorar el pasado remoto; porque mientras más alejado sea el panorama histórico que se evoca mayor emoción guarda para el escritor romántico.

Con los proyectos de la independencia americana el tema indigenista se extiende y es tratado con mayor insistencia por los escritores. Cuando San Martín, al dirigirse a los araucanos argentinos en 1816 con el deseo de hacerles

(1) Un érudit espagnol au XVIIIe. siècle, Mayans, en *Bulletin Hispanique*, t. XVII, pags. 157-226.

(2) El clasicismo alemán se produce entre 1775 y 1859, como resultado de la segunda oleada del idealismo alemán.



comprender los propósitos de la independencia, les dice: "Yo también soy indio", no sospecha que, desde lo político, está contribuyendo a que se reinicie la corriente del indigenismo en la literatura de la América hispánica.

La justicia para con el indio es uno de los más caros ideales y de los más ardientes designios de la independencia. Lo que fué empeño de tantos luchadores, solamente nos ha dejado un puñado de obras que evocan o exaltan el pasado indígena.

Dentro de esa corriente general, breve y desordenadamente resumida por mí, se coloca la *Iguaniona* de Guridi. Ya el indigenismo literario (si tomamos como punto de partida la *Atala*) tiene 81 años de acción cuando Guridi publica su drama.

Ahora bien: ¿Qué significado tiene la *Iguaniona* de Guridi en el reducido panorama de nuestras letras?

Creo percibir dos claros significados en este drama: La obra nos conduce, en primer lugar, a la búsqueda de *lo nacional*; es el primer intento que se hace por realizar una obra literaria *desde la patria*, desde lo nativo, sin olvidar, no obstante, su necesario sentido universal. La *Iguaniona* es el punto de partida desde donde más tarde nacerán las *Fantasías Indígenas* de José Joaquín Pérez; luego, en años posteriores, las *criollas*, y ya, definitivamente, la toma de contacto con lo dominicano que inicia el *postumismo* y que con *La Poesía Sorprendida* va día a día adquiriendo universalidad. Por otra parte (con ello abordo el segundo significado de la obra), con la *Iguaniona* de Guridi se está intentando crear el teatro nativo: espléndido sueño que aun hoy espera ser realizado.

Dejemos el estudio del estilo y el valor estético de la obra al juicio exaltado de José Joaquín Pérez. Con ello ofrendamos nuestro deber de cortesía al pasado.

Antonio Fernández Spencer.

Octubre, 1953.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

INTRODUCCION

A fin de conmemorar el primer centenario de su fundación —Enero 9 de 1959— en armonía con su inveterada tradición de animadora de la cultura nacional, la Logia Cuna de América acordó perpetuar ese acontecimiento de su historia con la publicación antecedente de dos series de obras selectas —anticipada señal de piedra blanca—; y la comisión encargada de realizar esa empresa editorial acordó, a su vez, iniciarla con la reimpresión del drama indigenista *Iguaniona* —cuya edición príncipe desde hace largo tiempo se agotó—, obra del poeta dominicano y prócer de la Restauración de la República Javier Angulo Guridi.

No obstante los méritos relevantes del hombre y del literato, la figura de Angulo Guridi, velada por el tiempo y la ignorancia, apenas si disfruta del conocimiento merecido en gracia de las virtudes de su vida y de las virtudes de su vasta y varia producción política y literaria. Este lamentable desconocimiento reviste de tempestiva pertinencia los siguientes datos informativos.

A raíz de la luctuosa dominación haitiana, varias de las más distinguidas familias dominicanas emigraron a Cuba y Venezuela, y, en menor número, a otras de las vecinas tierras de la gran familia hispana.

Una de esas familias emigrantes fue la de Javier Angulo Guridi, la cual se trasladó a la hermana isla de Cuba el mismo año —1822— de la invasión haitiana.

Nacido el 3 de Diciembre de 1816 —hijo del teniente Andrés Angulo Cabrera y de Francisca Guridi Leos y Echallas— Javier Angulo Guridi sólo contaba seis años de edad a la sazón. Pero aún cuando él se alejó del país en los tiernos años de la niñez, jamás se borraron de su mente los recuerdos de la Patria ni de su corazón el amor que siempre le profesó. Aquellas remembranzas y esta devoción se acen-



tuaban y crecían parejas con el adolescente convertido en hombre; y en el transcurso de los años se manifestaron, con sensitiva inspiración, en líricas añoranzas.

En Cuba se educó y se hizo hombre. También poeta y periodista, tras de haber terminado los estudios básicos de la época en el Colegio Real de San Fernando, de la Habana, instituto docente del cual fue aprovechado alumno hasta cumplidos sus catorce años.

La vocación literaria de Angulo Guridi no esperó la completa madurez del hombre para relucir. Desde muy joven su numen lo reveló poeta. Pero acaso cohibido por las timideces propias de los años juveniles, si no cediendo al contagio de la moda, recató su identidad tras el embozo de un seudónimo; y usando a tal efecto el anagrama Lugano, suscribe con éste sus primeros poemas. No menos prematura que la revelación de su estro de lírico aedo fue la manifestación, preponderante en todo el curso de su vida, del hombre público agitado por la nobilísima pasión del bienestar común. Acuciado por este cívico fervor se le verá más luego, ya reintegrado al país, preocuparse del auge nacional y del progreso político, económico y cultural del pueblo dominicano, a cuyo objeto dedicó los mejores alientos de su vida.

Nuestro futuro prócer de la restauración nacional había rebasado apenas la linde que separa la adolescencia de la adultez cuando, a los veinte años, se unió a otros jóvenes de igual espíritu cívico y fundó *La Prensa*. La venta posterior de este periódico no estancó ni disminuyó la frecuencia expositiva de sus ideas de bien público, ni sus actividades puramente literarias, ni sus intermitentes sátiras y humoradas. Ese incidente le sirvió más bien de acicate, estimulando en él una mayor efervescencia de su versátil producción intelectual. No sólo colaboraba en otros órganos de la prensa cubana sino que extendió esa colaboración a otros periódicos de la América Hispana; y aún se explayó más allá de las fronteras geográficas del hemisferio occidental. Colaboró también en periódicos europeos, especialmente en *El Correo de Ultramar*, editado en París.

Contaba 27 años de edad cuando en 1843 recogió y publicó en Puerto Príncipe, Cuba, los poemas de su juventud en un florilegio de versos. *Ensayos Poéticos* intituló estas primicias de su numen. "El recuerdo de la Patria le inspiró no pocas de las poesías" que figuran en este florilegio, todas ellas escritas entre los veinte y tres y los veinte y siete años de su edad. Expresión conmovedora de ese



recuerdo son sus poemas *A mi Patria*, *El Homenaje*, *La Gruta de Santa Ana*, *Ilusiones*, *Esperanza* (alusiva al terremoto del 7 de Mayo de 1842), *Al Río Isabela*, *Al Río Yuma*, *Al Ozama*.

El tema de nuestros ríos, de linfas caudalosas orladas de vejetación exuberante, le fascinaba. En tres de las citadas composiciones utilizó ese tema como motivo de inspiración, temática ésta que trasluce la indeleble impresión que nuestras fuentes fluviales habían grabado en su espíritu siendo niño todavía.

Sólo algunos meses habían discurrido desde la edición de los *Ensayos Poéticos* cuando el destino decretó ponerle término al sojuzgamiento que había determinado la expatriación de la familia Angulo Guridi. En inefable gesta de magníficos relieves, las heroicas virtudes del pueblo dominicano, haciendo el prodigio de realizar lo irrealizable, arrojaron de sus dominios territoriales al poderoso vecino que los detentaba; y, redimido ya de su forzada servidumbre, su prudencia cívica organizó la nación, políticamente, en un estado independiente y soberano de tipo republicano.

Este acontecimiento debió repercutir con extraordinaria, conmovedora resonancia en el espíritu patriótico de Angulo Guridi. Nueve años transcurrieron desde entonces, sin embargo, antes de que nuestro poeta retornara a la Patria de su amor y sus ensueños. Extraña, de primera impresión, esa tardanza. Mas, no por eso significará indiferencia o despego que jamás prendieron ni podían prender en el ánimo de quien vivía suspirando patrióticos anhelos. La triste, desconcertante realidad es otra. La vida de los expatriados echa raíces, en la impropia tierra que los alberga y acomoda, al cabo de los años; y suelen ser estas raíces tan profundas que su erradicación no es fácil empresa, ni exclusiva, de la mejor voluntad. Apresado por las redes de esa circunstancia, Angulo Guridi permanece en Cuba hasta 1853.

El retardo no atenúa sino exalta la emoción del regreso al solar nativo. Cuando los ojos de Angulo Guridi vuelven a contemplar tierra dominicana, desde lontananza y todavía difusa por efecto de la lejanía, se extremece de impaciencia jubilosa. Su mirada se clava en la costa imprecisa con apremiantes ansiedades; y en tanto que la nave se acerca y el panorama costero se hace cada vez más diáfano y distinto, crece, y, creciendo, se hace más inten-



sa y dominante la emoción del retorno que su numen traduce en los versos del poema *A la Vista de Santo Domingo*.

Una vez reintegrado a su país nativo, Angulo Guridi —poeta, periodista y político— no tardará en desplegar y pronto despliega las actividades de su intelecto, de sus fervores y de su acción. Colabora para entonces en *El Progreso*, periódico que dirigen su hermano Alejandro y Nicolás Ureña de Mendoza.

Angulo Guridi es joven todavía; y es proclividad de la juventud ansiosa del bien común —de la cual es él regla y no excepción— sentirse y creerse privilegiado ministro del más alto ideario de esa beneficencia pública. Sus sueños de engrandecimiento nacional, acertados o no, sinceros, pronto lo intrincaron en el espinoso zarzal de la política militante con menos éxito que buenas intenciones; y tras de la conspiración del año 1855, vuelve a refugiarse en Cuba. Allí se radica nuevamente, durante seis años, al cabo de los cuales se reintegra al país por segunda y última vez.

Paladín infatigable, en los mismos días de su reintegración a la Patria funda y dirige en Santiago de los Caballeros *El Progreso*, periódico que le sirve de tribuna. Pero nuevos y más ponderosos afanes lo absorberán bien pronto. Se los reserva la reincorporación a España. A su tiempo combatirá la enagenación de la soberanía nacional, lidiando con la pluma y con la espada en favor de su reintegración. Su temperamento de luchador no le dejará reposo. Lucha en uno y otro campo; y si brilla por la pluma, brilla también en su improvisada función de milite llegando a alcanzar, en las filas de la rebelión restauradora, grado de coronel.

A mediados del año 1865 el pueblo dominicano recupera los enagenados atributos de su independencia y su soberanía políticas; y Angulo Guridi, vuelto a la vida civil, reasume plenamente su función de hombre de letras. Se inicia entonces, para el escritor, un período de continua, febril y productiva actividad intelectual.

En el curso del próximo año —1866— funda en la Capital de la República un nuevo periódico, *El Tiempo*. Pero las labores periodísticas no descartan al literato. Ese mismo año produce tres piezas del género de tradiciones y leyendas: *La Campana del Higo*, *La Ciguapa*, *Silvio*. Poco después aprovecha el tema de la primera de estas piezas para usarlo como argumento de *El Conde de Leos*, dra-



ma en verso —escrito en 1867— que en 1868 se estrena en la escena del único teatro local que habíamos en esa época. El teatro La Republicana.

Para entonces produjo otra obra teatral, también escrita en verso. Pues si bien no se publicó hasta 1881, fue en 1867 —catorce años antes— cuando Angulo Guridi escribe el drama indigenista, *Iguaniona*, que hoy ofrecemos al público en su segunda edición.

El tema indigenista, aunque novedoso en la literatura vernácula, no era inusitado en las anteriores producciones de Angulo Guridi. El lo había utilizado ya en su poema *Maguana* —1840— y en su poema *La Cuita* —1842—, composiciones éstas que figuran en sus *Ensayos Poéticos*; y, por esa circunstancia, ambos poemas han servido de base a la justa aserción de que él fue “el primer dominicano que encontró en el recuerdo de los indios de la isla Española motivo de inspiración”.

No parece ocioso ni tampoco intempestivo sacar a colación, ahora, el hecho de que se haya tratado de interpretar la tendencia indigenista —de efímera florescencia en esos días— que dió lustre y fama al autor de las *Fantasías Indígenas*, como expresiva del sentimiento público consecuente de la reciente guerra de la restauración. No parece, sin embargo, que esa tendencia significara realmente la supuesta reacción nacionalista. El hecho de que Angulo Guridi —su más conspicuo representante— la hubiese explotado tres lustros antes, cuando todavía el pueblo dominicano no había conquistado su independencia política y organizado la nación en un estado soberano, parece negarle fundamento lógico a semejante interpretación.

Sin duda que el temperamento nacional de entonces, temperamento que no obstante las encendidas pasiones ínsitas de toda contienda armada jamás llegó a inflamarse en una enconada reacción de odio contra la Madre Patria, sirvió de propicio ambiente a la simpática acogida que fugitivamente recibió la tendencia indigenista. Pero la razón de este fugaz acogimiento parece radicar en otra causa; y su misma boga efímera sugiere otra interpretación. ¿No intervendría, preponderante, algún elemento implícito en ciertos motivos vanidosos?

Sin descartar del todo los presumibles efectos psicológicos del reciente duelo de las armas antagónicas, encandecidos por el recuerdo de las lesiones recibidas y por el orgulloso frescor de los laureles ganados en aquella pugna



marcial, sino reduciéndolos a sus justos límites, hay que preguntarse si la tendencia indigenista no provino en su mayor parte cuando no del todo de la complaciente ilustración envuelta en la falacia de que descendemos de los aborígenes —extinguidos siglos antes—, y, de consiguiente, que los orígenes de la nación dominicana se remontan a un montón de pretéritas centurias.

Mas sea de ello lo que fuere, es lo cierto que esa tendencia —sin suficiente acervo temático para que su caudal bastara a la creación de una literatura eminentemente vernácula— tiene trazas de haber sido tan sólo moda pasajera introducida por la contagiosa influencia del autor de *Iguaniona*.

En el mismo año 1867, quizás el más fecundo de su producción literaria, Angulo Guridi escribe también un juguete cómico en verso y una pieza cómica en prosa. El primero, estrenado el 18 de Octubre de 1867 —*Cacharros y Manigüeros*—, es un juguete alusivo a la reciente guerra de la Restauración; y, para acentuar la nota realista, el autor escribió en lenguaje campesino algunas de sus escenas. Parecido efecto realista busca producir en la otra pieza, *Los Apuros de un Destierro*, escribiendo en *papiamento* varias de sus escenas.

Un año antes —1866— Angulo Guridi se sale del ambiente de la literatura en un aparte de índole científico. La vocación lo ayuda y el tiempo le alcanza para acopiar datos y producir *Elementos de Geografía Físico-Histórica, Antigua y Moderna, de la Isla de Santo Domingo*; o, cuando menos, para —y ésto lo sugiere la naturaleza del trabajo— estructurar su obra con los elementos contenidos en tales datos.

En 1868 funda un nuevo periódico en la Capital, *El Sol*, a título de órgano de la Sociedad El Paraíso; y es en este periódico que publica, entonces, *La Imprudencia de un Marido*. Comienza su publicación en Noviembre y la termina tres meses más tarde, en Enero de 1869. Y en el mismo año 1868 publica, en el *Boletín Oficial*, *La Fantasma de Higüey*. También estrena otro de sus juguetes cómicos, *Don Junípero*.

A la publicación de *La Imprudencia de un Marido*, le sigue, de Enero a Marzo, la de *Una Situación Poco Envidiable*, también en *El Sol*.

El ritmo de su producción literaria se va haciendo más intermitente y lento a partir del año 1869. No deja



de colaborar en periódicos. Pero la vena literaria, si no se agota, se extenua. En 1872 produce el romance *Escenas Aborígenes*. Empieza a publicar en la prensa local, además, *El Panorama*, narración cuya segunda parte —*Paulino*— le sigue sin retardo.

A partir de 1873 se produce un largo período de ostensible inercia. Y once años más tarde se extingue su vida terrenal.

Nuestro poeta tomó parte activa también, como se ha dicho, en la política militante. Fue Senador y Secretario del Senado Consultor. En este campo ingrato probó las amarguras y sufrió las vicisitudes inseparables de la vida pública; y esas experiencias acabaron melancolizando su espíritu batallador, si bien jamás alcanzaron a sumirlo —como le aconteció a otros espíritus menos fuertes— en el desesperado abismo de la postración.

Comprendió él la fatalidad de sus sufrimientos con serena claridad anímica; y se la explicó a su fraternal amigo, José Joaquín Pérez, con resignación conmovedora. “Todo eso tuvo razón de ser” —le dice y al punto explica la razón—. “Yo soy, como usted, dominicano; y con muy *rara avis*, los hijos de esta tierra hemos rendido culto a la esfinge de la política, siempre fecunda en sinsabores. Por ella los apuré todos. Los apuré diversas veces: primero con espanto, más tarde con valor, por último con indiferencia. No así mi esposa, quien mal preparada para esos rudos sacudimientos, se rindió a su fuerza en el apogeo de la juventud, como se rinde la azucena al soplo de los ábre-gos! . . .”





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

IGUANIONA



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

NOTAS

ELIM,	<i>el sol</i>
TUREY,	<i>el cielo.</i>
CAIBAI,	<i>el infierno.</i>
COIBA,	<i>tabaco.</i>
NONUN,	<i>la luna.</i>
CALIMETE,	<i>pipa.</i>
CHACRAS,	<i>poblaciones.</i>
ARIJUNA,	<i>extranjero</i>
LUQUO,	<i>Dios.</i>
GRAN SER, <i>el mismo Luquo en sentido figurado.</i>	

GUAMIQUINA, *nombre elevado con que los indios llamaban a Cristóbal Colón.*

BUTIO, *el gran Sacerdote, elegido por su sabiduría para este cargo entre los que formaban el Supremo Consejo.*

CARIB, *la isla de Puerto Rico, llamada también Borinquen.*

ZOROMBI, *pato indígena de variadísimos colores.*

CIGUAYOS, *tribu numerosa y guerrera (1)*

Don Antonio Del Monte y Tejada en su historia de Santo Domingo, tomo 1º, página 169, transcribe del “Diario de Colón” estas palabras: “en llegando la barca a tierra, estaban detrás de los árboles bien cincuenta e cinco hombres armados, con los cabellos muy largos, así como las mogeres lo traen en Castilla. E sobre de la cabeza traían penachos de plumas de papagayos, e de garzas, e de cotorras, e de muchas otras aves raras que les eran propias”.

(1) Estos indios eran los Ciguayos, feroces habitantes de las Sierras, e costas N de la Española, desde cuasi Puerto Plata a Xamaná.— El Padre las Casas.



PERSONAJES

GUARIONEX, *Cacique de Magua.*

GUATIGUANA, *Jefe del Ciguáy.*

IGUANIONA, *Princesa*

EL GRAN SACERDOTE.

BARTOLOME COLON.

PEDRO DE AVENDAÑO.

BETMA (*Que no habla*).

GUERREROS INDIOS, GUERREROS ESPAÑOLES,
CORO.

*La acción se desarrolla en la isla de Quisqueya a fines del
Siglo XV.*



Iguaniona

ACTO PRIMERO

(El teatro representa una selva espesísima en que se ven varias tiendas de campaña formadas con pencas de palma. Comienza a amanecer).

ESCENA PRIMERA

(Decoración fija)

(Guarionex y Guatiguana entrando por el fondo)

GUARIONEX

Sí, dulce amigo. El poderoso Luquo
Sensible como siempre a mis plegarias,
En regocijos y quietud convierte
Cuanto pudiera entristecer a Magua.
Limpias auroras en el ancho cielo
De hoy más van a lucir: músicas auras
Refrescarán las horas de la vida
Y el indio tendrá al fin horas de calma.

GUATIGUANA

No comprendo, Señor, de qué manera



**Luquo nos hace objetos de su gracia.
Los arijunas viven... Por doquiera
Se ven las huellas de su dura planta.**

GUARIONEX

Sí por cierto.

GUATIGUANA

¿Y entonces?

GUARIONEX

Un momento

**Sobra a explicarte del favor la causa,
Y a derramar en tu encendido pecho
La deliciosa miel de la confianza.
Sabes que apenas resonó en mi oído
Del bravo Caonabó la suerte infausta,
Cuando dispuse que mis huestes todas
Contigo fuesen a tomar venganza.**

GUATIGUANA

**Y sabes tú también que si más tarde
De diferente modo no pensaras,
Quien con vileza capturarle pudo
Despojo hubiera sido de mi clava.**

GUARIONEX

**No se me esconde; mas el cielo quiso,
Piadoso, ahorrarnos amarguras tantas
Como hubieran surgido de esa lucha
En evidente riesgo de mis chacras.**

GUATIGUANA

**Explicame, Señor, ese misterio
Que mi razón a comprender no alcanza.**



GUARIONEX

No es misterio, en verdad: es una dicha,
Y para hablarte della te buscaba.
Tres veces siete noches cuento ahora
Que recibí en secreto una embajada
del Guamiquina blanco...

GUATIGUANA

(*Aparte*)

¡Ay Dios!

GUARIONEX

Pidiendo

La suspensión común de la campaña,
Y que a su tienda sin ningún recelo
Me dirigiese luego a concertarla;
Puesto que a fé de bien nacido y justo
Tantos desastres le afligían el alma.
Sin tiempo alguno a departir contigo
Que por las selvas del Ciguáy rondabas,
Ni con el Butio, que en el templo a solas
Sabes se encierra cuando Elím desmaya.
Por último, sin dar mi adiós a Betma
Ni dejarle razón de aquella marcha,
Partí con seis de los flecheros míos
Que hallé al salir de la tranquila estancia.
La gran linterna que ilumina al mundo
De la noche en las horas sosegadas
Dos veces dobles rutilado había
Por la bóveda azul, cuando una guardia
De súbito a mi vista se presenta,
Toma mi nombre, conferencia, salta:
De labio en labio lo repite, y luego...
El Guamiquina a recibirme avanza.
¡Oh! Si tú hubieses visto la ternura



**Con que sus brazos férreos me estrechaban!
¡Cómo mi cuello con pasión ceñían!**

GUATIGUANA

¿Y en ellos... no temiste que te ahogara?

GUARIONEX

Piensas acaso...

GUATIGUANA

**¡Qué imprudente has sido
Tolerando que así te acariciara,
Cual suelen los hermanos que nos llegan
de Cuba o de Carib!**

GUARIONEX

**La veneranda
Antigua tradición nos asegura
En los hijos de Oriente nobles almas.**

GUATIGUANA

**Era que entonces Don Antonio Ojeda
La suya vil a conocer no daba!**

GUARIONEX

**Tienes razón en condenar severo
Su ardid contra el Señor de la Maguana;
Mas no convengo en que por ello juzgues
Semejantes los otros de su raza.**

GUATIGUANA

(Aparte)

¡Ay!... ¡Si supieras!

GUARIONEX

¡No! Mi alma se opone



Al culto de una lógica tan bárbara.

GUATIGUANA

Y bien: te recibió tu amigo. . .

GUARIONEX

Es cierto.

GUATIGUANA

Y enagenado tú por honra tanta. . .

GUARIONEX

Profundamente enagenado, mudo,
Bajé del palanquín donde me hallaba;
Y según nuestros usos, respetuoso
Uní mi frente con su frente.

GUATIGUANA

(*Aparte*)

¡Oh rabia!

GUARIONEX

De allí pasamos a una blanca tienda,
Donde me refirió cosas que pasman
De las grandezas y el poder que ostenta
En inmensos estados su monarca;
Y pintándome luego al Dios que adora
Como centro de luz, de fuerza y gracia,
Dimos comienzo a la soberbia obra
De nuestra eterna y provechosa alianza.
Entre otras cosas concertó los medios
De combatir la división extraña
Que en nuestro territorio establecieron
La vil codicia y la feroz venganza;
No pareciendo sino haber nacido
A todos superior, por la elegancia
Y el santo fuego, y la verdad sublime



Con que sin arte diestramente hablaba.
 Luego trató de remitir el oro
 Desta tierra a la suya en dos piraguas,
 Y de traer en cambio objetos miles
 Que a las industrias y al placer nos faltan.
 Y así diciendo, a un cenador de flores
 Llevome do el festín nos aguardaba,
 Compuesto de manjares exquisitos,
 Sabrosas frutas y bebidas raras.
 ¡Cuántos votos de amor! Cuántos obsequios
 Allí me prodigaron, Guatiguana,
 Aquellos impertérritos campeones
 Que eran ayer azote de mi patria!
 Por fin, al levantarnos, quiso el héroe
 Que nuestras copas a la vez chocaran,
 Y que hiciésemos ambos ante el pueblo
 Solemne afirmación de nuestra alianza.
 —*Yo juro respetar*— dijo— *y ordeno*
Que respeten también mis camaradas
Al noble Guarionex y a sus adictos,
Como amigos del Santo Rey de España.
Y yo—dije a mi vez— *juro obediencia*
Y entera sumisión a ese monarca,
Cuyo poder saludo en el guerrero
Que ora su diestra con mi diestra enlaza.

GUATIGUANA

Sin duda al escuchar el juramento
 Con que tu labio la ambición sellara
 Al templo te llevaron, y... un instante
 Junto a su mismo Dios te dieron plaza!

GUARIONEX

No tanto; mas sus voces, sacudidas
 Del libre viento por las fuertes alas,
 De súbito mi nombre condujeron



Al secreto interior de las montañas;
Mientras el monstruo de metal, que un día
La muerte oculta en fuego nos mandaba,
Inofensivo entonces, con su estruendo
Pareció sancionar nuestras palabras.
Al fin, me despedí bajo una lluvia
De aplausos, bendiciones y alabanzas,
Trayendo veinte veces diez guerreros
Como cuerpo de honor hasta el Jacagua.

GUATIGUANA

Es mucho que en sus ondas transparentes
No le pusieran fin a tu jornada!

GUARIONEX

¡Pues qué! ¿Tan viles son?

GUATIGUANA

Son enemigos.

GUARIONEX

Lo fueron hasta ayer.

GUATIGUANA

Pero... ¿esa guardia?

GUARIONEX

Allí al ilustre Guamiquina espera.

GUATIGUANA

¿Viene a las tiendas?

GUARIONEX

Llegará mañana
Con el fin de que todos, a mi ejemplo,
Hagan la sumisión.



GUATIGUANA

(*Aparte*)

¡Oh triste Magua!

GUARIONEX

Ya ves si con razón dije que Luquo
Siempre benigno escucha mis plegarias.
Yo ignoro cómo piensas; mas te juro
Que satisfecho estoy de mi jornada.

GUATIGUANA

Pienso, Señor, que cuando Luquo esconde
De sus verdades la divina llama,
A nadie es dado sorprender su brillo
Tras de la sombra fiel que las recata.
El tiempo, que aunque tardo siempre llega,
Dirá si ha sido tu entrevista fausta
O si al contrario te ha de dar por fruto
Torrentes infinitos de desgracias.

GUARIONEX

No de esa suerte a la terrible duda
Tu noble pecho facilite entrada;
Que quien sus penas imprudente evoca
Rara ocasión consigue dominarlas.

GUATIGUANA

Pudieras discurrir que no son menos
Las que devora sin consuelo el alma
Cuando, exhalada la ilusión, se enfrenta
Con una realidad que enferma y mata.
¿Sabes acaso tú, si mientras ibas
A celebrar el pacto de que hablas
Eran o no teatro tus dominios
De atroz vergüenza, de indecible infamia?



GUARIONEX

(*Aparte*)

¡Cielos!

GUATIGUANA

La vida es un misterio. A veces
Junto a la flor más nítida y lozana
Se esconde el áspid, que traidor la hiere,
Sirviendo fiel su condición ingrata;
Y luego con cautela se desliza
Bajo la alfombra de tupida grama,
Hasta que torna al campo de los suyos
Donde sin riesgos la victoria canta.

GUARIONEX

(*Aparte*)

¡Qué palabras!

GUATIGUANA

(*Aparte*)

¡Oh Dios! ¡Cómo la venda
Iba imprudente a descoger mi rabia!

GUARIONEX

Prosigue.

GUATIGUANA

(¿Que le digo?...) Y bien... Deseo
Que me expliques, Señor, si no te enfada,
Cuál es la suerte que tu nuevo amigo
Al sin ventura Caonabó le guarda,
Pues con sobrado fundamento juzgo



Que por darte placer lo revelara.

GUARIONEX

¿Es Caonabó *la flor*?

GUATIGUANA

Es el cautivo.

GUARIONEX

No me dijo siquiera una palabra.

GUATIGUANA

Pudiste encarcerle el sacrificio
Que has hecho de tus fueros y ventajás
Para moverle a compasión.

GUARIONEX

Te juro
—¡oh generoso amigo!— demandarla.

GUATIGUANA

Permíteme que al punto un mensajero
Le lleve a la prisión nueva tan fausta.

GUARIONEX

Se hará como tú dices; mas importa
Que antes de todo sepan mis comarcas
La favorable forma en que he obtenido
El triunfo de su dicha amenazada.
¡Ah! Que lo sepan, sí! Jamás los pueblos
Perdonan el misterio en los que mandan.

GUATIGUANA

Serás servido, Guarionex. (*Va a partir*)

GUARIONEX

Espera!



Que aún tengo que decirte...

GUATIGUANA

¿Y bien? Acaba.

GUARIONEX

De paso anunciarás a los valientes
Guerreros del Ciguáy, que afuera campan,
Cuánto es inútil su presencia ahora,
Puesto que sólo de la paz se trata.
Que se retiren ya, quedando en torno
De aquestas tiendas mis flecheros. Guarda
En ambas comisiones gran cautela.
Una imprudente, equívoca palabra,
Barrena sin querer en sus cimientos
Del porvenir el poderoso alcázar.

GUATIGUANA

Tarde, quizás, a comprenderlo llegas!

GUARIONEX

Volverás donde mí.

GUATIGUANA

No te haré falta.

GUARIONEX

En cuanto a Caonabó, dentro dos soles
Del puro Yaque beberá las aguas.

GUATIGUANA

Tanta felicidad parece un sueño.
(Y es tanto sueño en tí nuestra desgracia!)



GUARIONEX

No pierdas tiempo ya, que el noble huésped...

GUATIGUANA

(¡El cielo le sepulte en sus entrañas!) (*)

*(Se dirige al fondo; mas de improviso se oye adentro un coro religioso y se arro-
dilla. Guarionex hace lo mismo, dando
el frente al público).*

CORO

Astro divino,
Mi acento escucha:
Triunfe en la lucha
La Libertad,
Triunfe el derecho
Del quisqueyano,
Huelle su mano
La Iniquidad.

(Pausa)

GUARIONEX

¿Aun no has partido, Guatiguana? *(Se levanta)*

GUATIGUANA

Oyendo *(Se levanta)*
De rodillas la bélica plegaria,
Cruzó una idea por mi mente; y pienso
Que no debo partir sin revelártela.

GUARIONEX

Explicate.

(*) La edición príncipe atribuye este verso a Guarionex. Se ha puesto en boca de Guatiguana, porque el sentido del diálogo y la nota siguiente así lo exigen.



GUATIGUANA

(Con solemnidad)

Ese canto nos advierte
Que el pueblo sólo quiere en las batallas
Buscar su gloria y su salud... ¡No olvides
Cuánto es la voz de un pueblo veneranda!

GUARIONEX

Yo no olvido jamás que se le debe
El culto que a la ley: si lo olvidara
Indigno fuera de ceñir mi frente
Con la diadema de la heroica Magua.
Mas nunca esperes que indiscreto abjure,
Por ese canto que el pavor entraña.
La hermosa perspectiva que me ofrece
Del arijuna la amistad jurada.

GUATIGUANA

Antes debiste consultarnos.

GUARIONEX

Nunca
Los que saben regir venias demandan.

GUATIGUANA

Ni nunca los regidos en silencio
Sufren tampoco a quien su fuero ultraja.

GUARIONEX

¡Guatiguana!

GUATIGUANA

Señor, sobre un abismo



Observo con espanto que resbalas,
Y cumple a mi deber con firme acento
Pedir que tengas la imprudente planta.

ESCENA SEGUNDA

(*Dichos, el Gran Sacerdote y el Coro*).

SACERDOTE

(*Con altivez*).

Perdona, Guarionex, si a tu llegada
Presto cual otro no acudí. Mi vida,
Con los inviernos y el dolor gastada,
Ya no obedece, como ayer, regida
De la soberbia voluntad.

GUARIONEX

(*Se arrodilla a sus pies junto con
Guatiguana*)

La excusa

Cumple a tu fama de varón discreto;
Mas si el tiempo sus dones te rehusa,
En cambio se duplica mi respeto.

SACERDOTE

(*Levantándole*)

¡A mis brazos!... ¡Y el noble Guatiguana?

GUATIGUANA

(*Levantándose*)

Menos digno, Señor, de tus favores,
A Luquo anhelo que en ferviente hosanna
Por nuestra incierta libertad le implores.



GUARIONEX

No encuentro la razón de esos recelos,
Amigo Guatiguana. El Guamiquina
Nos ofrece la paz.

SACERDOTE

Junto a los cielos

La nube más ligera y argentina
Esconde el encendido meteoro
Que los palacios con furor destruye.
Así, no entiendas de tu fé en desdoro
La desconfianza que su ruego arguye.
Yo mismo, cuando ha poco dirigía
Mis cánticos al Sol, rey de la altura,
Un mundo de aflicción rodar sentía
Del tibio pecho en la caverna oscura.

GUARIONEX

El misterioso porvenir que el cielo
Nos tiene en su justicia reservado,
Causó, sin duda, tu profundo duelo.

SACERDOTE

No, Guarionex: tú mismo lo has causado!
Tú, condensando la gigante sombra
De vergüenza y dolor que ya, cercana,
Mi independiente corazón asombra
Y el libre corazón de Guatiguana.
Respóndeme si nó: ¿por qué, transido
De espanto, fuiste a la contraria tienda?
En ella, ¿qué dejaste y qué has traído
Por galardón de tu costosa ofrenda?
¡Un delirio de paz!

GUARIONEX

Señor, yo espero
Que a poco de brillar la hermosa lumbre...



SACERDOTE

¡Lloremos a los pies del extranjero
La libertad trocada en servidumbre!

GUARIONEX

¡No! ¡Nunca lo verás! Antes la muerte
Término ponga a la existencia mía.

SACERDOTE

Pues disponte a morir.

GUARIONEX

(*Aparte*)

¡Terrible suerte!

SACERDOTE

Escucha . . .

GUATIGUANA

(¡Cielos!)

GUARIONEX

¿Qué?

SACERDOTE

La profecía.

CUADRO

“El cinco veces doble monarca poderoso
“Oriundo de la antigua familia original:
“El nieto del más sabio y el más esplendoroso
“De cuantos invistieron la túnica real;
“Ese hará sus pueblos esclavos de otros reyes
“Que imponen en Oriente su dura autoridad;
“Ese hará que templos, historia, usos y leyes
“Desciendan profanados al honda eternidad”.



GUARIONEX

(Después de una pausa)

¡Sus pueblos hará esclavos!

SACERDOTE

Ya lo viste.

GUARIONEX

No hay culpa pues, en mí, si al campamento
Contrario me acerqué. ¿Quién —¡ ay!— resiste
Del rey del mundo el poderoso acento?

SACERDOTE

Nadie; es verdad. Pero tampoco impone
Degradaciones viles su obediencia;
Y se degrada mucho quien propone,
Cual tú, la rendición sin resistencia.
Ese pacto, Señor, que te envanece,
Más que tus hechos de inmortal civismo
Supera al veredicto que nos mece
A la inflamada boca del abismo.

GUARIONEX

(Vacilando)

¿Y qué remedio ya?...

SACERDOTE

¡Uno bien triste!

GUARIONEX

¡En vano por hallarle me atormento!

SACERDOTE

Surquemos, cual ha poco propusiste,
De la nada el fatídico elemento.



GUARIONEX

Terrible es en verdad la disyuntiva.

SACERDOTE

Es la sola que cumple a tu grandeza.
Antes que llore la nación, cautiva,
Sucumba allí donde su llanto empieza.

GUATIGUANA

¡Ah! No importunes en mi nombre al cielo
Pidiendo libertad, augusto anciano;
Que es bastante favor si con su velo
La muerte cubre al infeliz haitiano.

SACERDOTE

¡Sí! Yo le pediré que compasivo
Le de valor, para afrontar su suerte,
Al libre que de súbito cautivo
No alcanza a merecer súbita muerte.

GUARIONEX

Resta, Señor, que tu tremendo labio
De la revelación toque al extremo...

SACERDOTE

¿Y bien?

GUARIONEX

De mi familia el rey más sabio...

SACERDOTE

Era tu doble antecesor.

GUARIONEX

(*Aparte*)

¡Yo temo!...



SACERDOTE

El que en la tierra, de virtud y ciencia
Ciñó a su frente la envidiable palma,
Y más tarde al Turéy como una esencia
Subió a gozar de vida eterna y calma ;
El que hoy padece y sin descanso implora
Al Dios terrible, que los males trenza,
Porque no luzca del dolor la aurora
Que ya en tu daño a despuntar comienza.
¡Oh, Prócer inmortal! ¡Con qué amargura
De Quisqueya verás el hado cruento,
Mientras levante en su prisión oscura
El siervo inerme funeral lamento!

GUARIONEX

No más me anuncies, implacable anciano,
Lo que nos guarda el porvenir sombrío.

SACERDOTE

Obedezco, Señor.

GUARIONEX

Del soberano

Quiero el nombre saber.

SACERDOTE

Guarión.

GUARIONEX

(*Aparte*)

¡Dios mío!

SACERDOTE

En la piedra de Elim, mirando a Oriente,
Tuvo la gloria de grabarlo Atlobio.



GUARIONEX

¡No quiero saber más! ¡Hado inclemente!
¿Yo el nieto de Guarión?

IGUANIONA

(*Aparte, entrando*)

¡Y al par su oprobio!

ESCENA TERCERA

(*Dichos e Iguaniona. Esta se arrodilla
delante del Sacerdote, el cual reposa una
mano sobre su cabeza y alzando la otra, dice:*)

SACERDOTE

¡Señor, defiende su vida,
Y con su vida su honra!

(*Iguaniona se acerca a Guarionex y le besa
el manto; éste, poniendo un coral en
sus cabellos, dice:*)

GUARIONEX

Hija de Orí, tu tardanza
Nos cuesta mucha zozobra.

(*Iguaniona da la mano a Guatiguana; y éste,
poniéndole una pluma de su penacho entre
los cabellos, dice:*)

GUATIGUANA

¿Por qué, luz de mi existencia,
Solitaria el campo bordas,
Sabido que los peligros
Por doquiera lo festonan?



IGUANIONA

Del Yásica gemebundo
En las márgenes sombrosas,
Me entretuve recogiendo
Estas láminas y conchas
De oro puro, que dedico
A tu penacho de boda.
Si fué imprudencia, a tu hermana,
Como acostumbras, perdona.

GUATIGUANA

Cuando el huracán sacude
Su cabellera, y se enfosca
No deben estar ausentes
Los que de veras se adoran:
Deben buscarse y unirse,
Como el coral a la roca;
Llorar juntos; de la suerte
Mecerse en las mismas ondas;
Morir, en fin, si es preciso.
Pero morir, Iguaniona,
Mandando juntas sus almas
Al imperio de las sombras.

GUARIONEX

Cuando Nonun per el éter
Resbala, y su lumbre llora,
No deben estar inquietos
Los que de veras se adoran.
Deben unirse y cantarle
Como a el alba la paloma;
Gozar juntos; de su ascenso
Ser testigos en la costa;
Llorar, en fin, pero llanto
De regocijo, Iguaniona,
Viendo el campo de la vida
Cubierto de frescas rosas.



SACERDOTE

Cuando Luquo hace que truene
De los destinos la trompa,
No deben estar tranquilos
Los que sus iras provocan.
Deben gemir y agitarse
Como el colibrí en las hojas;
Llorar, tristes; con sus ayes
Hender las sagradas bóvedas...
Rodar, en fin, al impulso
De sus culpas, Iguaniona;
Mas rodar purificados,
Sin átomo de deshonra.

GUARIONEX

Quien busca el bien de su pueblo
A precio de una corona,
En ese instante supremo
No habrá junto a sí una sombra.

SACERDOTE

¿Olvidas que la soberbia,
Señor, al cielo le enoja?
El es el que ha decretado
Que caiga en pedazos rota
Esa prenda que tu frente
No sabe llevar con gloria.
Y nunca pondrá en olvido
Que te atribuyas su obra,
Ni menos que del futuro
Así en tu favor respondas.

GUARIONEX

¡Anciano! Si de mi vida
El sol al Ocaso toca,
Excusa de tus sentencias



La tempestad horrorosa.
Que libre de ella, y no obstante
La inquietud que me devora,
Al ver cómo los momentos
Con rapidez se me acortan,
Podré sellar mi infortunio
En más noble y mejor forma
Que punzando mi conciencia,
Tornando mi mente loca.

SACERDOTE

(¡Desventurado!)

IGUANIONA

(A *Guatiguana*)

En tu afecto
Su vida encierra Iguaniona,
Como en el púdico cáliz
La flor encierra su aroma.

GUATIGUANA

¡Angel de luz!

IGUANIONA

¡Guatiguana!

GUATIGUANA

¡Cuánto mi pecho te adora!
¡Ay! ¡Cuánto gozo aspirando
Los perfumes de tu boca!
¿Afecto llamas al mundo
De amor, que mi alma fogosa
Consagra al mundo de hechizos
Que sin saberlo atesoras?

IGUANIONA

¿Me olvidarás?



GUATIGUANA

En la tumba

Será mi numen tu sombra.

GUARIONEX

Y bien: sepamos las nuevas
Que nos conduce Iguaniona.
Mayobanex ¿qué me envía?

IGUANIONA

Salud y paz.

GUARIONEX

En buen hora.

¿Y nada más?

IGUANIONA

Ya reunidas

Estaban sus fieles tropas
Y con la orden de ruta,
—Según pienso, hacia la costa—
Cuando mandaste un expreso
Diciendo que por ahora
Era prudente aguardasen
Ocasión menos riesgosa.
Sin perder tiempo, mi hermano
Mayobanex, en persona,
Las condujo al campamento
Que levantó en Camarioca.

GUARIONEX

¿Y supo de mi viaje?

IGUANIONA

Supo.



GUARIONEX

¿Y de él qué piensa?

IGUANIONA

Le asombra.

GUARIONEX

Es extraño!...

IGUANIONA

No comprende

Cómo es que débil te postras

A los pies de esos que vienen

Predicando la concordia

Después que, con felonía,

Al gran Caonabó aprisionan;

Y aquí, en tu chacra, consuman

La violación más odiosa.

GUARIONEX

(*Furioso*)

¡En mi chacra!...

SACERDOTE

¡Oh hija mía!

GUARIONEX

¡Cielos! ¡La rabia me ahoga!

Habla, pues.

GUATIGUANA

Señor, no debe...

(*Pausa*).

¡Un momento!

(*Conduce a Iguaniona a la tienda;
y volviendo a la escena, dice:*)



Escucha ahora.

Dos veces en el espacio
Brillara Nonun hermosa
Después que de aquí partiste
Con dirección a la costa,
Cuando tu adorada Betma
—Según su costumbre— sola
Fué a bañar su tierno niño
Del Camú en las claras ondas,
Uno de esos arijunas
Que ya cual señores rondan
En nuestra patria, y a quienes
Más que los tuyos abonas,
Llegó luego a la ribera
Como una improvisa sombra,
Tendiendo sobre la madre
Sus miradas lujuriosas.
Y como siempre el malvado
En la astucia se alecciona,
Principió con la criatura
De sus intentos la obra.
Así, jugando con ella,
Y acariciándola, hipócrita,
Y exaltando la hermosura
De sus angélicas formas,
Logró ahuyentar los recelos
Que en casos tales sofocan
Los sentimientos sublimes
De una madre y de una esposa.
Pasada en estos ardides
A lo menos una hora,
En que juzgó asegurada
La mitad de su victoria,
Coge al niño entre los brazos,
Con él, cual niño, retoza;
Se desvía y... de la selva



Se pierde al fin en las sombras.
Betma, no obstante, impasible
Aguarda su vuelta ; y goza
Con el júbilo del hijo
Que, ausente, a la madre torna.
Mas viendo lo que dilata
Quien astuto se lo roba,
Y trocados sus ensueños
En una mortal congoja,
Huye la arena que gime
Bajo su planta temblosa,
Y tras la selva se lanza
Con una presteza insólita.
A poco andar, y en el punto
Donde una inmensa caoba
Del sol defiende a la tierra
Con el manto de sus hojas,
Encuentra al hijo llorando ;
Y enloquecida, furiosa,
Echa en cara al arijuna
La pena que le devora.
El, entonces, protegido
De la soledad umbrosa,
Lanza un grito de alegría,
En sus brazos la aprisiona.
Lucha... la derriba... osado
Estampa un beso en su boca...

IGUANIONA

(Regresando lentamente a la escena)

Y una mancha horrible, eterna,
Sobre el cristal de tu honra.

GUARIONEX

¡Oh Furias!



SACERDOTE

¡Cielos! ¡Huyamos!

(Vase con el coro)

GUARIONEX

¿Y era ese vil?...

GUATIGUANA

Barahona:

El que hasta ayer saboreaba

Del coíba el grato aroma

En tu calimete...

GUARIONEX

¿Y vive?

GUATIGUANA

“De la grama entre la alfombra

“Huye el áspid con cautela

“Así que la flor deshoja;

“Y libre, y vuelto a los suyos,

“Impunemente se goza

“En referir los detalles

“De su nefanda victoria”.

Ya ves cuán funesta y dura,

Cuán triste y desgarradora

Te ha sido aquella jornada.

BETMA

(Pasando por el fondo)

¡Venganza!

GUATIGUANA

¡Señor!... ¡Tu esposa!

(Oyese en lo interior el coro)



CORO

Astro divino,
Tus rayos lanza :
De la venganza
Truene el tambor.
Que ser esclavo
Tanto no asombra
Como una sombra
De deshonor.

(*Pausa*)

IGUANIONA

¿Oíste, Guarionex? ; Betma ultrajada!
La madre cariñosa
De tus hijos, con voz debilitada
Cual si saliera de profunda fosa
Pide reparación. La suya airada
Suelta el anciano y a la lid concita ;
Y entre uno y otro funeral lamento,
Parece que también venganza grita
Cada tienda que adorna el campamento.
Ya no es posible proveer la alianza
Que ayer para baldón de un pueblo libre
Te osaron proponer. De la venganza
Resuene el grito aterrador ; que vibre
Su dardo el indio, que la lid se trabe ;
Y si es tan infeliz que la victoria
Le niega su favor, con honra y gloria,
No con oprobio, su existencia acabe.

GUARIONEX

¡Oh sí, joven sublime! Tu ardimiento
Despierta mi furor. Gritos de guerra
Torne a lanzar el caracol sangriento,
Y mueran los que pérfidos regaron



Semillas de aflicción en nuestra tierra.
¡Ah! ¡Cómo antes de verla no se ahogaron
En las eternas aguas! ¡Cómo el cielo
Sobre ella no vibró su rayo ardiente!
Mas —¡ay!— la predicción!...

GUATIGUANA

Gozoso vuelo

Tus votos a cumplir.

GUARIONEX

No, no. ¡Detente!

GUATIGUANA

¿Qué has dicho?

GUARIONEX

¡Que no partas!

GUATIGUANA

¿De Iguaniona

Olvidas las palabras?

GUARIONEX

¡Nunca!

GUATIGUANA

¿Olvidas

Tantas que fueron lágrimas vertidas
Por la infelice Betma? ¿A Barahona
Nada, Señor, te mueve?

GUARIONEX

¡Nada!

GUATIGUANA

¡Sea!

No iré a prender con vigorosa mano
De los combates la sagrada tea,



Ni hacer que aquí reúna al quisqueyano,
 Fatídico tambor. Mas de tu amigo
 El diligente y codicioso hermano
 Huella, quizás, del límpido Jacagua
 Los frescos arenales,
 Y es justo disponer los funerales
 De la cobarde, envilecida Magua.
 Diré, si te parece, a nuestros bravos,
 Que en vez de flechas se procuren flores
 Pues siempre riegan flores los esclavos
 A los soberbios pies de sus Señores.
 Que una debilidad, una imprudencia
 Del que patricio en su candor creyeron,
 Hace degradación y servidumbre
 La noble independencía
 Que de sus padres en legado hubieron.
 Así al pasar la altiva muchedumbre
 Saludará su triunfo en la tristeza
 De un pueblo grande y generoso y fuerte,
 Que ayer cantando desafió la muerte
 Y ora en silencio inclina la cabeza.

GUARIONEX

¡Dioses, piedad!...

GUATIGUANA

Nosotros, Iguaniona,
 Iremos a ocultarnos en la altura
 Donde olvidada, pero grande, vela
 Por su cautivo esposo Anacaona;
 Iremos a llorar con su amargura
 Tanta hermosa esperanza como vuela,
 En humo convertida,
 Al golpe de una mano fratricida.
 ¡Salud, Señor de Magua!



(*Da la mano a Iguaniona*)

GUARIONEX

¡Es imposible
Que persevere en tan amarga lucha
Quien es al grito del honor sensible!

GUATIGUANA

(*A Iguaniona*)

¡Vamos!

(*Dirigiéndose hacia el fondo, se alejan*)

GUARIONEX

(¡Se alejan!...) ¡Guatiguana! ¡Escucha!

GUATIGUANA

Es inútil.

GUARIONEX

(*Con entusiasmo*)

Acaban tus enojos
De bosquejarme un cuadro tan sombrío,
Que bárbaro fuera yo si de mis ojos
La venda de una vez no desgarrara,
Y en santo fuego y en gigante brío
Mis tenebrosas dudas no trocara.
Acerca, acerca tu robusta mano
A mi escondido corazón... Aun late,
Aun en el corazón del quisqueyano
Que se turba tal vez, mas no se abate.
Si del destino las ocultas leyes
Disponen que sucumba
La patria de los sabios y los reyes,
Doblemos la cerviz; mas de esa tumba
Inmensa, en cuyo fondo pavoroso
El brazo del Gran Ser nos precipita,
Jamás se escape un eco misterioso



Nuestra infeliz generación culpando
Por débil o precita.

GUATIGUANA

Entonces, Guarionex. . .

GUARIONEX

¿No lo adivinas?
¡Yo quiero combatir! Que mi corona
Tiña en sangre contraria sus espinas
Y que muera a mis manos Barahona.

GUATIGUANA

Tuyo mi brazo es, mi vida es tuya.

GUARIONEX

Ha tiempo que lo sé; mas, presto llama
A Guaroa, y Hatuey, y Guarocuya,
También guerreros de notoria fama.
Veremos si en la lid es tan brioso
Quien valido del arte y del misterio
Paga el amor del indio generoso
Con eterno baldón y cautiverio.

IGUANIONA

¿Y yo, puedo servirte?

GUARIONEX

¿En qué proeza
Dejaron de valernos la victoria
Tu esfuerzo varonil o tu destreza?

IGUANIONA

No es tiempo de pensar más que en la gloria
O en la ruina común del quisqueyano.



GUARIONEX

Pues vuelve entonces a escalar la sierra
Que borda los dominios de tu hermano,
Y dile que infalible es ya la guerra;
Que aguardo su concurso poderoso
—Libre de ayer al infernal mirismo—,
Para lanzar el invasor odioso
De las sombras eternas al abismo,
Y luego ve a Maguana, y explotando
De su rey Caonabó la dura suerte,
Convidala al combate protestando
Que sin ella segura es ya su muerte.
No olvides, desechando la llanura,
Por el bosque seguir. El monstruo vela;
Y de Betma infeliz la suerte dura
Debe servir a tu pudor de escuela.

IGUANIONA

Te ofrezco hacerlo así. Mas tus temores
Bien puedes desechar, que prevenida
Llevo conmigo por doquier las flores
Con que robamos al dolor la vida.

GUARIONEX

¡Excúselo el Gran Ser!

(A *Guatiguana*) Al campamento.

(*Vase*).

ESCENA CUARTA

(*Iguaniona y Guatiguana*)

GUATIGUANA

¡Vas a partir, mi bien!



IGUANIONA

Te dejo el alma.

GUATIGUANA

Pero a los monstruos con el cuerpo sobra.

IGUANIONA

Yo juro por el alto firmamento
Cubrir el mío, con la hermosa palma
Del mártir, antes que tamaño intento
Estúpido mortal ponga por obra.

GUATIGUANA

Basta; y ven a mis brazos, amor mío,
Que ya impaciente Guarionex me espera.
No dejes de seguir el bosque umbrío.

IGUANIONA

Ni tú de ser mi escudo.

GUATIGUANA

¡Antes me muera!

(Vase Guatiguana)

ESCENA QUINTA

IGUANIONA

Por fin, cayó la venda,
Y al grito de venganza
El sueño de la alianza
Cual humo se exhaló;
Y alegres sonrieron
La patria, ya vendida,
Betma en la honra herida



Y opreso Caonabó.
Cantad en la arboleda,
Sublimes risueños;
Torrentes mugidores
Do el Sol se vé, ¡cantad!
Cantad como la brisa
Convulsa y veleidosa
La redención gloriosa
Del alma libertad.
¡La redención! Que humilde,
No ha mucho, parecía
Esclava que gemía
De su tirano al pié;
Y ahora denodada
La dura lid afronta,
A ser vencida pronta
O ser lo que antes fue.
Tú en tanto, rey del cielo,
Protege a Guatiguana;
Y deja que a Yaguana
Sin riesgo llegue yo,
Si quieres —¡ay!— que alienten
La patria, ya vendida,
Betma en la honra herida
Y opreso Caonabó!



ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

(*Guarionex, El Sacerdote, Guatiguana*)

SACERDOTE

Yo lo espero, Señor. Mis oraciones
Al logro de ese triunfo se encaminan;
Y es justo que el Gran Ser en sus bondades
Nos cubra a todos con su fuerte egida.
Mas, no a la luz de la esperanza sólo
Su salvación o sus agravios fía
Quien tiene en sí los suficientes medios
Para hacer menos graves sus desdichas.
Los riesgos que actualmente nos rodean,
Grandes esfuerzos piden, gran fatiga:
Si el éxito abandonas a la suerte,
De sus antojos sentirás las iras.

GUARIONEX

¿Y quién te dice, venerable anciano,
Que en este duro trance mi alma anida
La torpe inercia o la confianza loca?

SACERDOTE

¿Quién me lo dice? Tu actitud tranquila.



GUARIONEX

Por vez primera la razón te engaña ;
Que la tranquilidad que en mí te admira
Es la expresión genial del que reposa
Luego que deja su misión cumplida.

SACERDOTE

Y esa preocupación.

GUARIONEX

Es que en el alma
Con el deber de la venganza lidia
El dulce amor de la existencia ; y temo
Del deber o el amor la suerte impía.

SACERDOTE

En ese caso a la venganza toca
Salir triunfante, aunque la hermosa vida
De su cérico manto se despoje
No bien al hombro ebúrneo lo prendía.
Desengáñate, rey : los altos cielos
Ni se engañan jamás ni nunca olvidan.

GUARIONEX

¡ Es cierto, por mi mal !

SACERDOTE

Y ¡ ay del osado
Que sus decretos acatar resista !
Nosotros, ¿ qué podemos ? ¡ Nada ! Empero
Si al fin se ha de cumplir la profecía,
Quede el consuelo a nuestras pobres almas
De no haber suspirado antes cautivas.
La muerte es una ley cuyos rigores
Ha de sentir Naturaleza misma ;
Ley que iracunda trocará en tinieblas



La gran fogata que en el éter brilla.
Mas como ley universal, es justa
Y a la obediencia sin dolor convida,
Sin que ninguno al fenecer quejoso
Mande su acento a la región vacía.
No así la esclavitud. Ley de tiranos,
Bárbara, al que es débil sólo obliga,
De su sudor inagotable haciendo
Tráfico atroz, odiosa mercancía.
La esclavitud, Señor, es una injuria
Hecha a la humanidad; y no se atina
Con el medio mejor de repararla,
Porque en la empresa la razón se abisma.
Y a ese estado vil en que los hombres
Por los hombres a cosas se asimilan;
A esa degradación imponderable
En que el alma enflaquece y se aniquila,
Quiéren traernos los que ayer tu mano
Besaron con ternura mal fingida,
Los que más crueles en tu sien pusieron
Horrendas sombras.

GUARIONEX

¡Por piedad, no sigas!
¡Oh! Temo que el dolor y la vergüenza,
Sin dejarme vengar maten mi vida!

SACERDOTE

La esclavitud, la esclavitud ahora
Es, no lo dudes, la que a tanto aspira,
Después de inocularla y corromperla
Con el espeso humor de la ignominia.

GUARIONEX

Mi abnegación conjurará su intento;
Que rota ya la tregua convenida,



O quedo vencedor o me sepulto
De la infelice patria entre las ruinas.

SACERDOTE

Bien discurre, Señor. No hay otro medio,
Contra la fuerza, que la fuerza misma.
Opongámosla, pues; que aunque sucumba,
Grande es aquel que por sus fueros lidia.

GUARIONEX

Con tal objeto las Ciguayas tropas
Están por Guatiguana requeridas,
Y aguardo los refuerzos poderosos
De Iguamuco, y también de Anigajía.

GUATIGUANA

Cuenta además las huestes que Maineri
Sitúa en Maimón; las aguerridas
Del invencible Hatuey, que a Moca marchan;
Y las que van con Guaroa al monte Higua.

SACERDOTE

¡Siempre las nobles causas alcanzaron,
De los bravos, favor; de Dios, justicia!

GUARIONEX

(A Guatiguana)

¡Cuánto gozo en oírte!

GUATIGUANA

Aun más acaso
podré anunciarte cuando acabe el día,
pues llegarán entonces otros mensajes
Portadores de prósperas noticias.



GUARIONEX

¡Gracias te doy, Señor! Que en mi infortunio
Morir por la venganza es mucha dicha.
Mas, ¿están esos héroes avisados
Del hora que tenemos convenida
Para empeñar la acción? Un desacuerdo,
Desastres y vergüenza nos traería!

GUATIGUANA

Tus órdenes cumpliendo, les he dado
La expresa de atacar al guamiquina
Cuando tres noches acampado hubiere
Del sereno Jacagua en las orillas.
Y díjeles también que en ese instante
Las tropas de esta parte acudirían
Para arrojarse de común concierto
Sobre las tiendas de esa raza inícuas.
En fin, que no hay perdón; que al prisionero,
Del que cayó lidiando, le distinga
Lo que tarde en morir bajo los golpes
De nuestras duras, vengadoras picas.

GUARIONEX

¿Y la señal de ataque?

GUATIGUANA

Un pensamiento
De Anacaona en su mejor cantiga:
“*La tumba antes que siervos*”

GUARIONEX

(*Con júbilo*)

¿Ves, anciano?

SACERDOTE

¡Sí, Guarionex! De Magua inofensiva
Y deslumbrada ayer, con gozo veo



**La gran transformación, la actitud digna.
Veo la entonces gemebunda virgen
En varonil matrona convertida,
Haciendo frente a los sañudos hados
De quienes son los arijunas guías;
Y libre de temor, conforme, hermosa,
Volar en pos de las errantes chispas
Que por sendas de gloria la conducen
De su tormento a la candente pira.**

GUARIONEX

**¡Oh, si a los cielos revocar pluguiera
Sentencia tan atroz!**

SACERDOTE

**Quien necesita
Ejemplos dar de fortaleza, sufre,
Mas no en la torpe postración se abisma;
Que enervado el espíritu por ella
Como una sombra vuela la energía,
Y en el espacio que ocupó se instala
La vergonzosa, estúpida desidia.
¿Ni qué te importa la sentencia? ¿Acaso
Juzgaste eterna la mundana vida?
Pues ignoras que es ella una piragua,
Errante en medio de la mar bravía,
Que al fin perece entre las crespas olas
O en la serena dársena, si arriba?
Fuera del Gran Ser nada es durable.
Nada, Guarionex. . . Ni su obra misma.
Mas entre el grupo de valientes tropas
Que nuestros riesgos a la lid concita,
De las que el gran Mayabonex comanda,
Noto que hablarnos Guatiguana olvida.**

GUATIGUANA

**Iguaniona, Señor, quedó encargada
De traer el informe por sí misma.**



GUARIONEX

¡Oh! ¡Cómo tarda!

SACERDOTE

Qué rumor... Parece
Que a las tiendas alguno se aproxima.

ESCENA SEGUNDA

(*Dichos e Iguaniona*)

GUATIGUANA

¡Miradla!

GUARIONEX

(*A Iguaniona*)

¡Ah! De la duda
Defiéndeme sin tardanza,
Que es espina muy aguda.
¿Mayabonex no me ayuda
Cual otros en mi venganza?

IGUANIONA

Te ayuda. Y si no parece
Del hierro contrario al filo
—Aunque esto de más parece—
Para un siniestro te ofrece
En sus estados asilo.
Y de su plan bien impuesto,
Nuestro hermano Tululao
Tomará a tu lado puesto,
Para en caso tan funesto
Sustraerte del Cibao.



GUARIONEX

Su previsión generosa
Es inútil, a fé mía.
A una fuga vergonzosa
Prefiero, Iguaniona hermosa,
Hundirme en la tumba fría:
O el desagravio o la muerte
Exije de mí el honor.
¡Ah! Yo con ánimo fuerte
Me abandonaré a la suerte
Y acallaré su clamor!
Mas... prosigue. A los valientes
De Orí, con razón sospecho
Que seguirán diligentes
Cuantos ven cómo esas gentes
Destrizan nuestro derecho.

IGUANIONA

Todos, Señor, encendidos
En cívica indignación,
Lanzan sordos alaridos
Jurando quedar vencidos
O vengar tanto baldón.
Manicatoex, airado
Ya de Maguana partió
Por mil maceros rodeado,
Resuelto a dejar vengado
A su hermano Caonabó.
Y allá en Jaragua se agitan
Los bravos de Anacaona;
Y a su ejemplo se concitan
Los que en la Yaguana habitan,
Los caribes de Zaona.
En fin, el vasto sendero
Que arranca de Guaraguano,
Es el común derrotero



Del Yaquino, del Neibero
Y del rudo Nayahucano.

(Al Sacerdote, aparte)

Tengo que hablarte, Señor!

(A Guatiguana)

Tú, bendice mi fortuna;
Pues si te causé dolor,
También te traigo favor
En contra del arijuna.

GUATIGUANA

Yo te lo perdono, hermosa,
Bien que me hicieras penar.
Tardanza tan enojosa
No la sufre alma amorosa
Sin padecer ni dudar!

IGUANIONA

¡Dudaste!

GUATIGUANA

¡Dudé volverte
A estrechar entre mis brazos!
¡Ay! No permita mi suerte
Que ni al borde de la muerte
Se quebranten estos lazos!

(Iguaniona y Guatiguana se abrazan)

GUARIONEX

Por lo que dices comprendo
Que del uno al otro estado
Has discurrido, advirtiendo
El fin próximo y tremendo
Que a mi ofensor he marcado.



IGUANIONA

Tal fué la misión honrosa
Que fiaste a mi lealtad
Y que yo acepté gozosa,
Aunque opuesta y peligrosa
A mi excelsa dignidad.
Ya lo oíste: una por una
Nuestras tribus, prevenidas,
Caerán sobre el arijuna
Cuando en hora de fortuna
Por tí sean requeridas;
Y si el entusiasmo fuera
Garante de la victoria,
Asegurarte pudiera
Que en la batalla primera
Te coronabas de gloria.

GUARIONEX

Yo no sé cómo pagarte
Tan distinguido favor.

IGUANIONA

De ello debes olvidarte;
Y únicamente ocuparte
De tu patria y de tu honor.

GUARIONEX

¡Verdad que eso es lo primero!
Mas con el Sol, Iguaniona,
De libertad que ya espero,
En tu hermosa frente quiero
Poner la nupcial corona.
(A *Gutigwana*) Quiero dar a este valiente,

(A *Iguaniona*)

Y a tí, que bien me has servido
Y me sirves al presente,



Un testimonio elocuente
De que soy agradecido.
Y en vez de amantes cuitados
Seréis felices esposos;
Y en torno de mí agrupados,
Ahuyentaréis mis cuidados,
Mis recuerdos dolorosos.

SACERDOTE

Señor... en otro momento....

(A *Iguaniona*)

¿Y bien: en todo el camino
No hallaste un impedimento?

IGUANIONA

Ninguno.

SACERDOTE

¿Algún peregrino

Del contrario campamento
No te dio nuevas?

IGUANIONA

(*Recordando*)

Si tal.

GUATIGUANA

Mas... te demudas...

IGUANIONA

Un hombre.

GUARIONEX

Algún aviso fatal...

GUATIGUANA

¿Quién es, quién es el mortal



Que así te turba? Su nombre
Dime, Iguaniona: es preciso.

IGUANIONA

No lo sé.

SACERDOTE

¡Ah! ¡Lo ocultó!

GUATIGUANA

Entonce engañarte quiso.

IGUANIONA

No, Guatiguana: un aviso
Y un buen consejo me dio.

SACERDOTE

¡Yo no comprendo este arcano!

IGUANIONA

Es un aviso funesto
Para nosotros, anciano,
Que muy bien puede hacer vano
Tanto afán y tanto apresto.

GUARIONEX

(Con ira)

Mi espíritu presentía
Que la importuna extorsión
Poco tiempo tardaría
En hacer que mi alegría
Se trocara en confusión.
¡Habla, Iguaniona!

IGUANIONA

Señor,

Pues lo quieres, voy a hablar;
Mas piensa que ese furor



No es el camino mejor
Que te conviene trillar.

GUARIONEX

Es cierto; yo estoy demente.

IGUANIONA

Y mientras demente estás,
Don Cristóbal, diligente,
Remite innúmera gente
Al fuerte Santo Tomás.

TODOS

¡Ah!

IGUANIONA

Donde media el sendero
De Limba aquí, penetraba,
Cuando del bosque frontero
vi destacarse un flechero
que al parecer me aguardaba.

GUARIONEX

Y te dijo...

IGUANIONA

Que un traidor
De Magua, al fuerte pasando,
Reveló a nuestro opresor
Que para vengar tu honor
Tropas estabas llamando.

GUARIONEX

¿Y ese flechero?...

IGUANIONA

A Guaora



Ya debe haberse reunido,
Pues se alejó con la aurora.

GUARIONEX

(A *Guatiguana*)

¡Partamos!

IGUANIONA

Antes escucha

Lo más que dél he sabido.
Previendo que aquel campeón
Tus mandamientos quebrante
Por causa de la traición,
Te aconseja, y con razón,
Que le llames al instante;
Pues juzga que si a la suerte
Se entrega con su heroísmo,
Apenas del arco fuerte
Despida un dardo, la muerte
Nos abre su inmenso abismo.

GUARIONEX

¡Oh, sí! ¡Que venga Guaroa!
¡Que venga pronto... es preciso!
¡Cuántos trastornos ahora!
¡Maldita el alma traidora
Que dió al arijuna aviso!
¡Partamos!

(*Sale con Guatiguana*)

ESCENA TERCERA

(*El Sacerdote e Iguaniona*)

SACERDOTE

¡Sí! ¡Partid! ¡Y el justo cielo,



De nuestra suerte al fin compadecido,
Se digne coronar tanto desvelo!

(A *Iguaniona*)

Mas ya que estamos solos, sin recelo
Abre tu corazón, ángel querido;
Pues si las penas no me tornan loco,
Pienso que así lo apeteciste ha poco.

IGUANIONA

(*Turbada*)

En efecto, Señor.

SACERDOTE

De tu conciencia
Sin duda no hablarás. Es un espejo
Que exhibe, en prodigiosa transparencia,
De tus virtudes el menor reflejo.

IGUANIONA

Está Iguaniona pura, inmaculada
Como la luz del Sol.

SACERDOTE

Lo juraría
Ante el altar en que mi voz cansada
Cantos de eterna admiración le envía.
Mas... hálote turbada...
De vez en cuando fugitiva sombra
Sobre tu frente de oro se pasea
Como si alguna fatigante idea
Luchara en su interior. ¡Y esto me **asombra!**

IGUANIONA

No es una idea lo que así mi frente
De nubes ha cubierto.



SACERDOTE

Aun más me pasma.
Y dello —siendo tú tan inocente—,
¿Cuál, pues, la causa ha sido?

IGUANIONA

Una fantasma.

SACERDOTE

¡Una fantasma! Pero ¿y qué la abona?

IGUANIONA

Mi turbación, Señor.

SACERDOTE

Eso sería

Una ilusión que el miedo forjaría.

IGUANIONA

Jamás el miedo conoció Iguaniona.

SACERDOTE

Tú con la noche sigilosa andabas.

IGUANIONA

Sí, por cierto.

SACERDOTE

Su cuadro sorprendente
Te llenó de terror; y allá en tu mente
Esa visión fatídica creabas.

IGUANIONA

¡Ah, Señor! Tanto más tu poderoso
Espíritu batalla, más se estrella
De la verdad contra el gigante muro!
Verdad terrible que olvidar procuro
Y que miro doquier, hasta en mi huella.



SACERDOTE

¡Iguaniona! ¡Me aterras, a fe mía!
¡Con que... no era ilusión!

IGUANIONA

Escucha atento.

Bajaba yo la gigantesca altura
Que al Yaque ofrece con su nombre vida,
Sola y envuelta de la noche oscura
Por el inmenso manto; y distraída
Con los suaves y músicos rumores
Del aura revoltosa
Que columpiaba las silvestres flores,
A la distante Magua, presurosa,
Mi infatigable planta dirigía
Sin un solo temor, sin un cuidado.
Mi espíritu feliz se adormecía
Entre aromas de amor y de fortuna,
Como se aduerme el zorombí confiado
Sobre el terso cristal de la laguna.
Mas de repente cárdenos fulgores
Lanza el bosque en redor: el viento zumba
Quebrando con estrépito indecible
Los árboles, del tiempo vencedores;
Y como el trueno súbito retumba
Del universo por la azul corona,
Así una voz profética y terrible
Restallando me dice: "*¡Huye, Iguaniona!*
Huye veloz a los amigos suelos
De Cuba o de Carib. Los altos cielos
Irritados están porque ha crujido
La sacra fruta bajo extraño diente:
Y esclavo ha de gemir, y en hondo olvido,
Pueblo que tal profanación consiente".
Dijo la voz; y el bosque, recobrando
Su densa oscuridad, borró al instante
Los rastros del fulgor que en él lucía,



Mientras que allá por el confín distante
“Huye, Iguaniona”, el eco repetía.

SACERDOTE

Esas mismas palabras, hija mía,
Que de la patria anuncian el estrago,
A mí también vaticinadas fueron
Por los severos, infalibles Lares
Del pacto aquel en el momento aciago.
Mas a nadie mis labios las dijeron
Al dejar en silencio los altares;
Porque una vez enteramente rota
La relajada vena, a nuestra vida
Sólo le resta de la honda herida
Muda sentir cómo la sangre brota.

IGUANIONA

Yo tampoco, Señor, de mi amargura
El origen diré. Ni a Guatiguana,
En quien con entusiasmo la prudencia
—Mejor que la bravura—
Constante admiro desde edad temprana.
Mas es muy doloroso
Que porque ayer Guacanaric confiado
Admitiera en Marién al arijuna,
Y éste, siempre audaz e irrespetuoso,
Clavara el diente en el maméy sagrado,
Suelte el Gran Ser sus iras una a una;
Y a la patria, y con ella al inculpable,
Castigue castigando al miserable.

SACERDOTE

¿Qué escucho? ¡Tú blasfemas, Iguaniona!

IGUANIONA

¡Ah! No blasfemo, no; que el que ahora vierte
Llanto de hiel mi corazón, abona



Sólo lo injusto de mi airada suerte.
¿Qué joven, como yo, no se intimida;
Ni, como yo, padece mil dolores
Sabiendo que la estrella de la vida
En breve apagará sus resplandores?

SACERDOTE

Más abundante que ese inútil lloro
Será tu recompensa allá en el cielo
Si sufres con valor la desventura
Que sin descanso yo también deploro;
Pues cuando es ella irremediable, el duelo
Sólo sirve a irritar nuestra amargura.
Acerbo es, en verdad, como dijiste,
Que al pisar de la vida los umbrales
La muerte cubra con su velo triste
Tanta bella ilusión que concebiste,
Tantos de amor ensueños virginales.
No hay duda... ¡Es muy acerbo!

IGUANIONA

¿Y de mi llanto
Quieres que ponga un dique a la corriente?

SACERDOTE

Lo ordena la razón.

IGUANIONA

El desencanto
Es ora para mí más elocuente.
¡Ah! ¡Déjame sentir!

SACERDOTE

Mas si cobarde
Doblas la frente al peso de la pena,
Harán de su poder público alarde
Los que temblaron viéndola serena.



IGUANIONA

No me acuerdes, Señor, tanta influencia
Sobre el carácter de esa gente impía.

SACERDOTE

Te lo acuerda, Iguaniona, la conciencia,
Que ella tiene también de tu valía,
De tu indomable arrojo y tu fortuna.
¿Cuándo, a no hallarte de Maguana ausente
Pudiera reseñar el arijuna
Su triunfo sorprendente
Sobre el altivo Caonabó? ¿Ni cuándo,
Cerca de Magua tú, otro insolente
Se levantara sin pudor sombreando
De Guarionex la poderosa frente?
Tu nombre ha sido siempre la esperanza
Que iluminó en la lid nuestras lejonas;
Y si por ti no fuese, la venganza
Que anidan nuestros pechos se meciera
Por la inmensa región de las visiones.

IGUANIONA

¿Y si antes...

SACERDOTE

¿Qué, pues?

IGUANIONA

Me aconteciera
Alguna desventura? ¿Qué sería
De la infelice patria amenazada
Si en mí, cual dices, su esperanza fía?

SACERDOTE

Inerte, sin consuelo, abandonada
De Luquo y de sus hijos, rodaría



Al pié del extranjero,
Cumpliéndose la triste profecía.
¡Mas eso es imposible!

IGUANIONA

No: un guerrero
Del enemigo bando, infatigable
Siguiome en el camino
Que desde aquí se extiende hasta Yaquino;
Y al salir de la chacra de mi hermano
Noté de nuevo que tras mí venía,
Distante en la llanura;
Y, cual la sombra al cuerpo, así cercano
Siempre que entraba por la selva umbría,

SACERDOTE

¿Y dónde le dejaste?

IGUANIONA

Donde el Jura
Su nacimiento tiene.

SACERDOTE

¡Oh Dios!

IGUANIONA

En vano
Quiero explicarme el lóbrego misterio
Que encubre su espionaje,
Si no es por el camino del ultraje
Después de un horroroso cautiverio.
Ahora dime, señor, si fue locura
O si prudencia fue que a tu confianza
Opusiera la horrible deventura
Con que aquel, a la luz de la esperanza,
Tenaz y cruel mi perdición procura.



SACERDOTE

La sola presunción de su insolencia
Cual dardo agudo el corazón me clava.
¡No! No puede ser que tu existencia
Velen sombras de oprobio siendo esclava!

IGUANIONA

Cierto que en ese doloroso caso

*(Vese un momento a Avendaño en
el fondo, y luego desaparece)*

Con ánimo sereno
Mi juventud empujaré al ocaso
Por la eficacia triste del veneno.

SACERDOTE

¡Calla, Iguaniona!

IGUANIONA

Pero no tendría,
Cual Guatiguana y tú, la dulce suerte
De recibir la muerte
Libre en los campos de la patria mía!

SACERDOTE

Sí la tendrás, que la intención impura
De aquel que la amenaza, como un sueño
Sabré desvanecer. De tu hermosura
Y tu pudor el triunfo tomo a empeño...
Mas Guatiguana llega.

IGUANIONA

Dios le envía.

SACERDOTE

Le ocultarás la historia...



IGUANIONA

Entiendo, anciano.

SACERDOTE

¡Ní una palabra, pues!

ESCENA CUARTA

*(Dichos y Guatiguana, éste hablando
solo desde el fondo)*

GUATIGUANA

Quizás sería

La ondulación de un ramo... alguna sombra...

SACERDOTE

¿Qué busca con afán el quisqueyano
A quien Magua infeliz su escudo nombra?

GUATIGUANA

(Acercándose)

Acabo de saber por un espía
Que Don Bartolomé toda su gente
Reunió en Jacagua al despuntar el día;
Y cuando a descubrírtelo llegaba,
Ya próximo de aquí me parecía
Que alguno te observaba
Y de mis pasos al rumor corría.

SACERDOTE

La soledad engendra mil visiones.
Por eso aquel que abandonado lucha
Con el fiero dragón de las pasiones,
Mira sin ver y sin oír escucha.



GUATIGUANA

Mas, Iguaniona . . . triste, conmovida . . .

SACERDOTE

Ha rato que así está, sorda a mi acento
Por más que a la esperanza la convida.
¡Silencio!

GUATIGUANA

(A *Iguaniona*)

¿Y qué dolor, mi dulce hermana,
Pudo anublar el purõ firmamento
De tu divina faz? ¿Cuando briosa
Tanta y tanta tribu al campo vuela
Por vengar sus ofensas, afanosa,
Tú, de las tiendas en redor, llorosa
Como tórtola herida en la arboleda?

SACERDOTE

Partiste; y, como siempre, a la distancia
El corazón amante fué sensible.

GUATIGUANA

¡Oh dulce hermana! Como tú, ofrecido
A la patria infeliz desde la cuna,
Es imposible que la de al olvido
Frente a frente del bárbaro arijuna.

IGUANIONA

Yo no te acuso.

GUATIGUANA

Para mí dejarte
Solitaria en mitad del campamento
Es una pena atroz, es un martirio
Que arrastra mi razón hasta el delirio.



¡Pues sólo quien su amor suspira aparte
Comprende del amor todo el tormento!

IGUANIONA

(Distraídamente)

Sólo él; es verdad...

SACERDOTE

Olvida eso;
Y discurremos solamente, ahora,
De nuestra empresa en la actitud. Guaora
Debe haber recibido ya el expreso.

GUATIGUANA

Yo lo dudo, Señor. De Anigajía
En este instante nos llegó un valiente
Diciendo que Guaora atravesaba
De Jánico los Montes, con su gente,
Cuando la noche ayer se levantaba.
Es imposible, pues, que el enviado
Se avistara con él, como has supuesto.

*(Se oye a lo lejos rumor de muchas
voces)*

SACERDOTE

¿No escuchas un rumor?

GUATIGUANA

Es que alertado
De la marcha de aquél, el bando opuesto
Sagaz las posiciones ha cambiado.
Y Magua se amotina.

SACERDOTE

¡La han cercado!



GUATIGUANA

¿Qué importa? Cuando un pueblo se decide
A descojer de su destino el velo,
Ni las distancias ni las fuerzas mide;
Ni lo aterra el Caibái, ni aspira al cielo.

SACERDOTE

Pero esa abnegación....

GUATIGUANA

Todo lo alcanza.

SACERDOTE

Si está por buenos medios sostenida.

GUATIGUANA

¡Anciano! Del honor en la balanza
Jamás la fría prudencia fue medida.
Que se apresten; que al número y al arte
Los enemigos libren la victoria;
Que nos venzan, en fin: de nuestra parte
Siempre tendremos la futura historia.

SACERDOTE

Mas, ¿de ese inesperado movimiento
Hostil del arijuna,
Tiene ya Guarionex conocimiento?

GUATIGUANA

Lo tiene por el mismo
Que a las tiendas llegó.

SACERDOTE

¡Rey desdichado!

GUATIGUANA

¡Oh, si tú supieras!...



SACERDOTE

¿Qué?

GUATIGUANA

¡Al abismo
Betma, loca al fin, se ha despeñado!

SACERDOTE

¡Betma!... ¡La infeliz!

IGUANIONA

(*Aparte*)

¡Señor del cielo,
Ten lástima de mí!

SACERDOTE

El justo duelo
Volemos a calmar, del soberano,
Si para tal dolor aun hay consuelo.
¡Corramos, Iguaniona!

IGUANIONA

Mi presencia
Puede afligirle más; me quedo, anciano.

SACERDOTE

¡Omnipotente Dios! Dios de clemencia,
Mira por ella tú!

IGUANIONA

(*A Guatiguana*)

Te espero, hermano.



ESCENA QUINTA

IGUANIONA

¡Betma infeliz! Del mártir la corona
Por fin ciñeron a tu noble frente,
Mientras vive triunfante Barahona;
Tu hijo amado, huérfano y lloroso;
Y en brazos del dolor, casi demente,
Tu deshonado, inconsolable esposo.
Mientras la patria que te viera un día
Irradiando virtudes y hermosura,
Resbala al borde de la sima oscura
Donde una irrevocable profecía
La habrá de sepultar... ¡Cuántos horrores
Presenciarán con lágrimas los ojos
En ese instante cruel! Vidas y amores,
Sueños de libertad, sueños de gloria...
¡Ay! Todo será ruinas y despojos,
Y soledad y sangre! Aun la memoria
Del quisqueyano, al fin desvanecida,
Será como una sombra. Nada de ella
En breve quedará, que el tiempo olvida
De aquel que es infeliz hasta la huella!
¡Oh Betma! ¡Oh Betma! Si del alto cielo
Quien tanto aquí sufrió favor alcanza,
Intercede por mí que sólo anhelo,
Perdida la ilusión de la venganza,
Que no me rasguen del honor el velo.

ESCENA SEXTA

(Dicha y Avendaño)

AVENDAÑO

(Aparte)

Héla aquí. ¡Gracias, Dios mío!



IGUANIONA

(*Aparte, con asombro*)

¡Es Avendaño!

AVENDAÑO

(*Con ternura*)

¡Iguaniona!

IGUANIONA

(¡Ah! ¡Cómo de estos lugares
No me alejé!) ¿Quién me nombra?

AVENDAÑO

El que ha seguido tus pasos,
Con la noche y con la aurora,
Desde de aquí te alejaste
Procurando aliadas tropas.

IGUANIONA

¿Te lo dijeron?

AVENDAÑO

Quien ama

Adivina, no se informa.

IGUANIONA

¿Y... ¿me amas tú?

AVENDAÑO

Con delirio,

Como a la tierra española.

IGUANIONA

Debes delirar, no hay duda,
Cuando así imprudente evocas



El desprecio en que mi alma
Con sólo verte rebosa.

AVENDAÑO

Aunque agraviada la mía
Tus injusticias perdona,
Rogándote que un momento
Las refrenes y me oigas.

IGUANIONA

Es inútil.

AVENDAÑO

¡Por el cielo!
¡Desármate y sé piadosa
Con aquel que viene, esclavo,
A los pies de su señora!

IGUANIONA

(Pausa)

Voy a oírte; mas advierte
Que no obstante hallarme sola
Tu castigo es infalible
Como ofendas mi persona.

AVENDAÑO

Maldígame, amén, mi padre;
Y el mismo Dios, por su boca,
Si con sólo el pensamiento
Me atrevo a excitar tu cólera.

IGUANIONA

Habla pues.

AVENDAÑO

Aunque en los míos
No falta alguno, Iguaniona,



Que con errores y excesos
Su nombre y patria desdoran,
Otros hay cuya conciencia,
Libre por suerte de sombras,
Del amor casto del indio
Puede ser merecedora.
Otros, que no han marchitado
La azucena de la honra;
Que no han traído amarguras
A estas tribus candorosas;
Y que a las leyes sumisos
Y sumisos a su dogma,
Jamás en tu hermoso suelo
Dejarán tristes memorias...

IGUANIONA

(*Aparte*)

Hé aquí el lenguaje mismo
del pérfido Barahona!

AVENDAÑO

Que los que hidalgos nacieron
No de otra suerte se portan.
Yo, que por dicha me encuentro
Entre ese grupo, Señora;
Que te idolatro (*se arodilla*), que beso
Allí do tu planta toca;
Yo, que sabiendo los fines
De tu marcha misteriosa,
En vez de causarte daño
He sido tu fiel custodia;
—¡Ay! —yo merezco, angel mío,
Que los enojos depongas
Y premies con tu ternura
El amor que me devora.
Amor gigante y sublime



Que del alma misma brota
Al brillo de tus encantos,
De tu virtud y tu gloria.

IGUANIONA

¿Y es eso a lo que has venido?

AVENDAÑO

(*Aparte*)

¡Por Dios que es una leona!

IGUANIONA

¡Responde!

AVENDAÑO

Traigo un recado
Que a Guarionex mucho importa.

IGUANIONA

Pues aguarda en esa tienda,
Que voy a llamarle ahora.

AVENDAÑO

Antes dime una palabra
De compasión. ¡Una sola!...

IGUANIONA

¡Avendaño, te abomino! (*vase*).

AVENDAÑO

¡Mujer de hierro! ¡La fosa
Ve cavando a Guatiguana,
Porque ha sonado su hora!



ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

*(Don Bartolomé Colón y
Don Pedro de Avendaño)*

AVENDAÑO

Estas las tiendas son en donde suelen
Reposar el espléndido cacique,
El animoso Jefe de sus tropas
Y un anciano con aire de pontífice.

BARTOLOME

Aguardaremos, pues, a que observando
La consecuencia que su alcurnia exige,
Acudan a la cita provocada
Por quien con ellos en valer se mide.

AVENDAÑO

Mirad... Un campamento por el lado
De aquella gran montaña se distingue:
A esta parte tres, allí siete; de manera
Que habremos de tener ojos de lince,
Pues al dar el ataque se prononen
—Según sus posiciones me lo dicen—
En reducido círculo estrecharnos,
La retirada haciendo un imposible.



BARTOLOME

Con acierto pensáis, Don Avendaño,
Confirmando lo mismo que predije:
La gran dificultad de sorprenderles
Y el riesgo de esperarles a pie firme.
No hay duda que el Señor en tal aprieto
Es regular que por los fieles mire;
Y como el moro en la gentil Granada,
Aquí el indiano a nuestros pies humille.
Mas duéleme, en verdad, que si el turbante
Debió lanzarse del ibero linde
Y con él la ominosa servidumbre
Que ocho siglos impuso a un pueblo libre,
No encuentro de razón que a este otro pueblo
Igual que al mahometano se hostilice,
Después que independiente y generoso
En vez de rechazarnos nos admite.

AVENDAÑO

Yo tampoco suscribo el pensamiento
De exterminar la quisqueyana stirpe
Como pretende alguno en la Isabela.

BARTOLOME

No basta: es necesario combatirle.

AVENDAÑO

Mas la venganza...

BARTOLOME

¿Qué decis? A nadie,
Donde Consejos hay, razón asiste
Para tomar venganza, sobre todo
Si el agravio entre muchos se divide.
Además, Avendaño, nunca ofende
Quien animoso la agresión resiste.



AVENDAÑO

Pero esa resistencia...

BARTOLOME

Es un derecho ;
Y ante el derecho toda fuerza es crimen.

AVENDAÑO

Sabréis, Señor, que al saludar las tierras
Que el mar de Atlante riguroso ciñe,
Juramos respetar sus privilegios
De nuestro Redentor ante la efigie.

BARTOLOME

Así me lo contaron.

AVENDAÑO

Mas en ésta,
Que de todas por bella se distingue,
Apenas imprimimos nuestras plantas
Cuando un soberbio lidiador caribe
Convoca sus vasallos, y furioso
Del bosque hasta la playa nos persigue.
Hablo de Caonabó.

BARTOLOME

Ya lo comprendo.

AVENDAÑO

La sangre de los Carpios y los Ruices,
Vertida por la mano del salvaje,
A Dios venganza desde entonces pide.

BARTOLOME

Valiera más no haberla aventurado
Corrompiendo en agraz los santos fines
Desta empresa, Avendaño. Los excesos



De una codicia estúpida y sin dique;
La cruel profanación de las costumbres;
El despojo inmoral, los raptos viles,
Esas fueron las prácticas verdades
De vuestro juramento. ¿Y quién os dice
Que en presencia de tales desacatos
No debió sublevarse aquel caribe?
Su guerra fué de buena ley. Peleaba
Contra la sinrazón; y aunque una triste
Mazmorra ha sido de su arrojo el fruto,
Para mí siempre es grande y es sublime.

AVENDAÑO

No pienso como vos.

BARTOLOME

Don Avendaño,
Deste asunto no es bien que se platique
Delante del contrario campamento.

*(Dirigiéndose al fondo y después
de una pausa)*

¡Cuánta tranquilidad! No se percibe
Ni el más leve rumor...

AVENDAÑO

De mal augurio
Es para mí la calma.

BARTOLOME

¿Y qué?

AVENDAÑO

El cacique
Reunió sin duda los Ancianos; y éstos,
Que sin recurso todo lo deciden,
Habrán juzgado la sanción del pacto
Funesto a su interés.



BARTOLOME

Fuera posible
El caso que observáis, si la consulta
Primero que imponente fuese humilde.
Mas aquí la consulta es el mandato;
Es la suprema voluntad del príncipe.
Yo espero en el Señor que la tardanza
De una manera próspera se explique.

AVENDAÑO

Permitid que lo dude.

BARTOLOME

Yo conozco
Mejor que vos el indio.

AVENDAÑO

Es bien posible.

BARTOLOME

Sólo ofendido y excitado puede
Rendir culto al furor.

AVENDAÑO

Pues quien lo excite
No falta aquí también.

BARTOLOME

¡Cómo!

AVENDAÑO

Una joven
Valiente, hermosa y de elevado origen.

BARTOLOME

¿Habéis dicho una joven?



AVENDAÑO

Una Pálas
Que las refriegas sin temblar dirige.

BARTOLOME

¿Y se llama?

AVENDAÑO

Iguaniona.

BARTOLOME

¡Dulce nombre
Que saboreando miel el labio emite!
Iguaniona... ¡Es muy bello! El alma siente
Que a un bélico carácter se maride.

AVENDAÑO

Y es así la verdad. Esas legiones
Que al rebelado Guarionex asisten,
Por ella misma convocadas fueron.

BARTOLOME

Bien; procuremos alcanzar que olvide
Su fundada inquietud, y no es dudoso
Que nuestra empresa con honor termine.

AVENDAÑO

Entonces os proponéis...

BARTOLOME

Cumplir el voto
que al arrancar de la Isabela hice:
Ratificar la paz.

AVENDAÑO

Muy bien pensado.
Mas no contéis que en ello os auxilie



La joven de que hablé; porque su alma,
En siendo nuestro, hasta el amor resiste.

BARTOLOME

Sin embargo, los hijos de Quisqueya
No son, a la verdad, inaccesibles.
Yo les demostraré que mi mensaje
Por buena parte y en su pro dirige
La mano del Señor; que los disturbios,
Cumplidos hasta ayer, término exigen
Para entrar de concierto por la senda
De una fraternidad sincera y firme;
Que el rey, nuestro señor, no quiere esclavos
Que su nombre furiosos abominen,
Sino vasallos que le sirvan fieles.
En fin, yo les diré cuanto me inspire
El saludable intento de atraerles
Y de agostar el odio en sus raíces.
Entre tanto volved a do se encuentre,
Amigo o adversario, el gran cacique;
Y renovadle que le aguardo.

AVENDAÑO

Al punto.

Con vuestra venia marchó.

BARTOLOME

El cielo os guíe.

ESCENA SEGUNDA

(Don Bartolomé solo)

¡Oh, sí! Yo espero con la santa ayuda
Del Soberano Autor del Universo
Hacer confianza y adhesión las dudas
Que ora germinan en su noble pecho.



Las dudas digo, porque yo no alcanzo
A ver razones para tanto apresto
En quien no ha mucho con fervor juraba,
En vez de hostilizarnos, protegernos.
¿Qué habrá podido desquiciar sus planes,
Vuelto de la Isabela? ¿Qué siniestro,
O qué importuna irritación su alma
Restituye de súbito al recelo?
De todos modos su actitud extraña
Me inclina a sospechar que algún secreto
Estímulo la acosa, barrenando
El pacto de amistad en sus cimientos.
Es posible... no hay duda... algún valido...
Algún instigador con su consejo
Habrás turbado la razón del indio
En evidente daño de su pueblo.
¡Fatal incertidumbre!

IGUANIONA

(Desde el fondo, con asombro)

¿De Avendaño
No es este el compañero?

BARTOLOME

(Volviéndose a ella)

¡Oh! Qué criatura
Tan bella, Santo Dios! Mucho me engaño
Si no es la que Don Pedro me decía.

IGUANIONA

(Aparte)

¿Qué buscará en las tiendas?

BARTOLOME

Su hermosura
Es deslumbrante a fé!



ESCENA TERCERA

(*Don Bartolomé e Iguaniona, quien se va acercando*)

IGUANIONA

Señor... ¿podría
Saber a qué has venido?

BARTOLOME

¡Oh si! Procura
Hacerte superior a tu recelo
Y pronto lo sabrás. Mi edad te abona
Respeto y protección. Llega.

IGUANIONA

(*Avanzando*)

Iguaniona
Te quisiera creer, lo sabe el cielo;
Mas... eres arijuna.

BARTOLOME

Sí, a fé mía.
La tierra en que he nacido está muy lejos,
Hacia la parte aquella en donde asoma
Tímida el alba dibujando el día
Del soñoliento sol con los reflejos.
Mas el ser de otras tierras no te impone
La dura ley de aborrecerme.

IGUANIONA

Anciano!
Yo aborrezco al mortal que se propone
Al bueno y libre domeñar, tirano;
Al que huella el pudor de las mujeres;
Al que es cobarde y vil. Y aunque profundo



Es mi odio hacia él, inextinguible,
Quisiera que le odiasen cuantos seres
Laten y giran en redor del mundo.

BARTOLOME

Es sorprendente y a la vez sensible
Que quien tributa como tú homenaje
Al patriotismo y la virtud hermosa,
Cultos tan nobles por error ultraje.

IGUANIONA

¡Si como yo sufrieras!

BARTOLOME

Generosa

Perdona a tu ofensor.

IGUANIONA

Nadie, por suerte,
Cubrió mi vida con impuro velo!

BARTOLOME

Nuevo motivo la piedad advierte
En esa confesión, que hace tu labio,
Para que pongas en olvido el duelo.
Penas que brotan del ageno agravio,
Como las propias las recoge el cielo
Si en lágrimas se dicen; mas no alcanza
Mercedes de él, ni absolución del hombre,
Quien en momento tal de la venganza
Hace que truene el repugnante nombre.

IGUANIONA

Ni consejos ni lástima injuriosa
Te vengo a demandar. De un pueblo libre
Y de una estirpe excelsa y valerosa
Soy la hija, señor. Justo es que vibre



Rayos de enojo el labio balbuciente
Al ver esos tesoros profanados
Y al oír tu doctrina, más candente
Que de un burén los fuegos agitados.
“*Sufrieras como yo*”, te dije, apenas
Quisiste rebatir la angustia mía:
O no sabes, a fé, lo que son penas,
O el alma tienes, como el Jura, fría.

BARTOLOME

No me ofendas así, cuando yo mismo
hago causa común de tus dolores
Y del pasado en el profundo abismo
Los vengo a conjurar.

IGUANIONA

Son superiores

A tu poder.

BARTOLOME

¡Admiración del alma!

No discurras así. Por grande y cruento
Que sea nuestro dolor, al fin se calma
Si otro a la par de quien lo sufre siente
Su oculta agitación. Es un consuelo,
Un bálsamo eficaz que en sus bondades
Ofrece al afligido el Dios del cielo.
Así, cuando a la luz de estas verdades
Yo por el bien de tu reposo diera
La mitad del reposo de mi vida,
No es humano, hija mía, que severa
Me respondas. ¡Ah, no! Porque ancha herida
Abre siempre en un pecho generoso
La espada del desdén.



IGUANIONA

(*Turbada*)

Acepto, anciano,
Cual cumplida verdad, la noble ofrenda
Que en el desierto altar de mi reposo
Siendo arijuna con placer harías;
Y levanto en el fondo de mi pecho,
Para guardarla, religiosa tienda.

BARTOLOME

(*Aparte*)

Sublime sencillez!

IGUANIONA

Pero decías
Cosas de ofensa; y por mi Dios lamento
Que siendo tú, como demuestras, sabio,
Al grito del dolor llames agravio.

BARTOLOME

Mas, ¿cuál es tu dolor?

IGUANIONA

Es un tormento.

BARTOLOME

¡Un angel, en verdad, no lo merece!

IGUANIONA

Es la patria infeliz que se aniquila,
Es el hermano que en agraz fallece
O fugitivo o siervo.

BARTOLOME

Si tranquila
Quisieras escucharme...



IGUANIONA

Ingrata fuera
Negándome a la voz de quien procura
Templar de mi dolor la activa hoguera.
Ya te escucho.

BARTOLOME

La patria y el hermano
Que causan, como has dicho, tu amargura,
No más padecerán.

IGUANIONA

Lo dudo, anciano.

BARTOLOME

En prueba te diré que mi presencia
De Guarionex en el estado, anuncia
Algo mucho mejor que la imprudencia
De su concierto, y por el cual activo
Veinte comarcas tu valor pronuncia.

IGUANIONA

¡Es posible!

BARTOLOME

¡Iguaniona!

IGUANIONA

¿Y el cautivo?

BARTOLOME

A sus hogares tornará al instante;
Y cuando hubiere su rencor templado
Irá con los demás, por mí escudado,
A hacer la sumisión al Almirante...

(Iguaniona se sorprende)

El voto de amistad.



IGUANIONA

¡De servidumbre!

BARTOLOME

¡Sabe el cielo que nó! Una importuna
Festínación, un cálculo imprudente
Que de la gloria a la divina lumbre
Hizo en mal hora nuestra osada gente,
Trocó en sombras la paz y la fortuna
Desta nueva Stambul... ¡Bien se me alcanza!
Mas por dicha aun es tiempo que los males
Sientan la acción de un vigoroso dique;
Y en un mundo de amores y esperanza
Unidos vivan y en derecho iguales
Los pueblos del monarca y del cacique.
¡Ah! Yo te lo prometo! Así los usos,
Y el culto, y el derecho, y la costumbre
Serán por unos y otros respetados,
Y abolida la odiosa servidumbre
Que el corazón te cerca de cuidados.

IGUANIONA

¡Tú me lo juras?

BARTOLOME

Te lo juro.

IGUANIONA

Que pérfido más tarde...
Espero

BARTOLOME

(*Con solemnidad*)

¡Soy cristiano!

IGUANIONA

¡Cristiano!...



BARTOLOME

Así se llama el extranjero,
El que a la luz del matinal lucero
Nace y adora al solo soberano
Artífice del mundo; al que Iguaniona
Férvida admira en ese sol sublime
Que de él la magestad y fuerza abona.

IGUANIONA

(*Aparte*)

No me puedo explicar por qué este anciano
Más que los butios la verdad imprime
En cuanto brota de sus labios.

BARTOLOME

(*Aparte*)

¡Ayudadme hasta el fin!
¡Cielos!

IGUANIONA

Y bien: tú juras...

BARTOLOME

En el nombre de Dios y mis abuelos
Te juro prevenir las amarguras
Que afligen tu país.

IGUANIONA

Basta: ¡te creo!
¡Bendígate ese Dios!

BARTOLOME

Y en tí derrame
Sus beneficios todos, hija mía!



IGUANIONA

(*Aparte*)

¡Oh! ¡Qué bueno es!

(*A Bartolomé*)

Haré se llame

A Guarionex.

BARTOLOME

No es tiempo todavía.

IGUANIONA

¡Cómo! ¿No es tiempo cuando en él se encierra
La causa sustancial de los enojos
Que intentas conjurar? ¿Cuando la guerra
Es su numen, Señor, y ante sus ojos
La guerra es un deber? ¿No es tiempo, dices?

BARTOLOME

Y lo repito aún.

IGUANIONA

Y yo aseguro
Que sin su acuerdo el cielo que predices
Ha de lucirnos como nunca oscuro.

BARTOLOME

Con todo. En este instante su presencia
No es cual la tuya a mi intención forzosa.

IGUANIONA

Pues yo... ¿qué puedo hacer?

BARTOLOME

Con tu influencia
Conseguir que renuncie a la dudosa



Lucha que intenta proponerme airado,
Sin que sepa jamás, ni por descuido,
Quién a tanto interés te ha convidado.

IGUANIONA

Imposible. No, nunca... ;Está ofendido!

BARTOLOME

Tendrá satisfacción.

IGUANIONA

A la venganza
No le es dable abjurar sin que su frente
Escupa el pueblo que con él se lanza
Frenético a la lid. Ni qué diría
Al escuchar mi voz súbitamente
Proponerle que olvide sus dolores,
Cuando yo misma ayer le escarneía,
Por débil, con sus viles ofensores?
¡Imposible! ;Jamás!

BARTOLOME

¿Y cuál agravio?...

IGUANIONA

Otro busca, Señor, que te lo cuente;
Pues suena mal su referencia horrible
De una mujer en el pudente labio.

BARTOLOME

¡Qué misterio! ;Y tú, piensas que irascible
Nos pida a todos cuenta de su enojo?
¿Vacilas? ;Oh! ¿Qué hacer?

IGUANIONA

Tu juramento

Recoje, anciano.



BARTOLOME

No. No lo recojo
Mientras espere consagrar mi intento.

IGUANIONA

Es difícil, a fé.

BARTOLOME

Dime, Iguaniona,
Que no lo quieres segundar.

IGUANIONA

Yo digo
Que el medio que propones es odioso
Aun para ti no obstante que enemigo.

BARTOLOME

¿Y cuál otro, por Dios, que menos fuera,
Del rey lograra combatir la rabia?

IGUANIONA

Entrégale el infame Barahona.

BARTOLOME

¡A Barahona!

IGUANIONA

A él, que a un tiempo agravia
Con la honra del indio la extranjera.
¡Entrégalo! Y que pague con la vida
Su atroz profanación en una hoguera.

BARTOLOME

¡Eso es horrible!

IGUANIONA

Esa es la ley.



BARTOLOME

Severa,
Cual ninguna lo fué, mi alma afligida
Su cumplimiento bárbaro rehusa
Y a ser más generosa te convida.

IGUANIONA

Nada el combate sin la hoguera excusa..
Ahí viene Guarionex.

ESCENA CUARTA

*(Dichos, Guarionex, el Sacerdote, y varios
flecheros que se detienen al derredor
de las tiendas)*

BARTOLOME

Con impaciencia
Ha tiempo que te aguardo, de Cristóbal
Fiel mensajero y a la vez hermano.
Mas al llegar aquí, con gran zozobra
Supe que en vez de respetar los votos
Que en la Isabela hiciste, los traicionas;
Que olvidas tu palabra, y encendido
En iras, llamas a la lid tus tropas.
Por grande y justa que la causa sea
Muy festinado el cambio se me antoja;
Pues debieras decirla a tus amigos
Antes de alzar la sanguinaria antorcha.
Así nosotros, que tu bien queremos,
Y estamos prontos a poner por obra
Cuantos medios se juzguen conducentes
A que el lazo de unión jamás se rompa;



Nosotros, digo, al punto tu querella
Hubiéramos mirado como propia,
Y dádote —si el caso lo exigiera—
Satisfacción bastante decorosa.
Pienso que a dudas revocar no debes
Mis palabras, Señor, pues tu persona
Ha recibido de nosotros prendas
Que tu conciencia en este instante abona;
Prendas marcadas de un afecto noble
Que a nadie dispensamos por lisonja,
Y que establecen compromisos serios
Entre las gentes que se dicen probas.
Y esta verdad, que sin estudio acuerdo,
Mas mi sorpresa y mi dolor provoca
Cuando vengo de paz y me recibes
Torvo, sañudo, en medio de tus tropas.

GUARIONEX

(*Aparte*)

¡Oh! ¡Cómo lo diré!

IGUANIONA

¡Cielos, vacila!

SACERDOTE

¡Acuérdate, Señor, de tu deshonra!

GUARIONEX

¡Arijuna! Los votos que imprudente
Hice a tu hermano cuando fuí a la costa,
Hubiéranse cumplido en tal manera
Que gobernara ya mi patria toda.
Cautivo Caonabó, débil Bohechío,
Guanagaric rendido desde el hora
Funesta en que pisaste sus estados,
Y siendo padre de mi triste esposa



El gran Tocubanama, érame, anciano,
 Fácil cumplir lo que ofreció mi boca,
 Sin que el disgusto desparcir pudiera
 Sus alarmantes, importunas sombras.
 En esta prestación yo no cedía
 Al miedo de tus armas destructoras,
 Ni al de los monstruos que a tu ejemplo luchan
 Lanzando gritos de salvaje cólera.
 Que al hombre por doquier naturaleza
 Sus leyes ha enseñado generosa;
 Y sé por ella que la vida es una
 Y una la muerte en su tendida órbita.
 Era la voz del implacable Luquo
 La que mandaba en mí. ¡Era ella sola!
 Ella no más, Señor, la que iracunda
 Preparaba tu triunfo y mi derrota!
 “El nieto de Guarión” —dijo su oráculo—
 “Hará la patria sierva de unas hordas
 “Que atravesando las eternas aguas
 “Vendrán del lado donde el Sol asoma”.
 ¡Yo soy ese mortal! Yo el elegido
 Para ofrecer a la Nación, absorta,
 Del duro sacrificio de la patria,
 La fúnebre, imponente ceremonia!
 Y aunque nunca jamás la profecía
 Revelada me fue sino hasta ahora,
 Un invencible impulso me arrastraba
 Sobre la senda que mi dicha agosta.
 Por ésto, como sabes, fuí sumiso
 A ofrecerle a tu hermano mi corona,
 Deponiendo de grado el noble instinto
 De combatir y fenecer con gloria.
 Mas uno de los tuyos... un cobarde...
 Un pérfido a quien llamas Barahona,
 Aprovechó mi ausencia atropellando
 En mi Betma infeliz mi cara honra.



BARTOLOME

(*Aparte*)

¡Cielos!

GUARIONEX

¡Ay! Dime si no es justa causa
Para que llame a combatir mis tropas,
Declarando aquel pacto inexistente
Cual lo declaro en tu presencia ahora.

BARTOLOME

Es triste, Gran Señor, que de esa suerte
Nos abrasen los rayos de tu cólera,
Sin antes requerir, como debieras,
El castigo de aquel que la provoca.
Nosotros somos justos: si la queja
Hubieras levantado a Don Cristóbal,
Te juro por mi honor que en este instante
No respirara aquel que así te oprobia.

GUARIONEX

Los que nacieron fuertes se degradan
Si justicia o favor de alguno imploran.

BARTOLOME

(*A Iguaniona y al Sacerdote*)

¡Ayudadme vosotros! ¡Ah! Decidle
Que la voz del destino no desoiga.

IGUANIONA

¡Entrega al ofensor!

BARTOLOME

¡Jamás!



SACERDOTE

(*Aparte*)

Humilde

La obedece volviendo por su honra.

BARTOLOME

(*A Guarionex*)

Y a tu amigo diré. . . .

GUARIONEX

Dile que estaba

Revestido el altar de luz y rosas
Y pronto a consumarse el sacrificio,
Cuando una mano vil, profanadora,
Le derriba por tierra, apaga el fuego;
Y entre desorden tanto y tantas sombras,
La enseña de la paz desaparece
Y otra de sangre sobre el templo asoma.

BARTOLOME

Conque. . . no hay esperanza. . .

GUARIONEX

Sí, arijuna!

Los rayos de su lumbre seductora
Brillan templados para ti que aguardas
La herencia de mi bien con alma estoica.
Candentes para mí, de sangre y luto
La despreciable vida me coloran.
Cumplamos cada cual nuestro destino;
Y júzguennos, después, Dios y la historia!



ESCENA QUINTA

(*Dichos y Avendaño*)

AVENDAÑO

¡Señor, venid volando! ¡Venid al campamento!

BARTOLOME

¿Pues algo nuevo ocurre?

AVENDAÑO

La lid que se trabó!

BARTOLOME

¡La lid! Mas, ¿cómo ha sido?

AVENDAÑO

Un indio que bajaba
De Jánico los montes, astuto, observador,
Dos horas ha se bate cual tigre enfurecido
Con todas nuestras tropas.

SACERDOTE

¡Oh! Triste abnegación!

GUARIONEX

¿Guaora?

AVENDAÑO

Ese es su nombre.

IGUANIONA

(*Aparte*)

¡Ay, cielos!



GUARIONEX

(*Aparte*)

¡Se ha perdido!
¡Maldiga Dios de nuevo al vil que me vendió!

BARTOLOME

¿Y cuántos le acompañan?

AVENDAÑO

Quinientos más o menos.
Empero, Guatiguana, que el parte recibió,
Al frente de otros tantos en su defensa corre,
Haciendo, precavido, sonar el caracol.

BARTOLOME

¡Ah, Príncipe! ¿Lo oíste?

GUARIONEX

¡Y bien!

BARTOLOME

Inexorable

Tu patria sacrificas.

GUARIONEX

En aras de mi honor
Aun es muy pobre ofrenda. ¡Ah! Yo sacrificara
Por vindicarlo, el mundo, la misma Creación!

BARTOLOME

Sin tanto yo te ofrezco su limpidez primera
Volverle con la sangre de aquel que lo manchó.

IGUANIONA

Cristiano, ya no es tiempo.



GUARIONEX

¿Y ofreces así mismo
Su víctima volverme?

BARTOLOME

Lo puede sólo Dios!

GUARIONEX

Entonces, acabemos: retírate.

BARTOLOME

Un instante.

GUARIONEX

¡Ay! Uno me ha perdido!

BARTOLOME

Escúchame, señor.

GUARIONEX

Que te retires digo. ¡Vamos! Tú, Iguaniona,
Aguarda en esas tiendas.

AVENDAÑO

(*Aparte*)

Muy bien, me la entregó!

GUARIONEX

Que vengan los flecheros de Niti; y a su frente
Entonces, ve a reunirte conmigo.

IGUANIONA

Por favor...

Permíteme que ahora...

GUARIONEX

Sé dócil, hija mía,
Y aguarda; que tu puesto jamás se te negó.



BARTOLOME

Conforme a tu mandato, me alejo de estas tiendas
Llevando mi esperanza trocada en decepción;
La frente envuelta en nubes, mi orgullo atropellado,
Y abiertas en el pecho las fuentes del dolor.
¡Ah! No me has comprendido! Yo vine a apaciguarte,
Y contra mí tu labio desprecios abortó;
Yo quise, en fin, pedirte merced para tu pueblo,
Y sin piedad me arrojas lo mismo que a un traidor!
Pregúntale a esta joven si della no quería
Cual padre cariñoso sondear el corazón,
Y hacer que me ayudase solícita en la empresa
De dar a tus destinos un término mejor.
Mas ya que ha sido inútil, me alejo protestando
Que en medio del combate, Bartolomé Colón
Hidalgo será siempre, y tierno, y generoso
Con quien irreflexivo sin causa me ofendió;
Dejando a su conciencia de los causados males
Del luto y de la ruina la triste expiación,
Porque ése es el castigo que aguarda al temerario
Así vencido quede o quede vencedor.

*(Sale con Avendaño por la izquierda; Guarionex,
el Sacerdote y las tropas por la derecha)*

ESCENA SEXTA

IGUANIONA

Bien me lo dijo el flechero
Que en el camino me habló.
Guaora, insensato y fiero,
Con su venablo primero



El abismo nos abrió.
Abismo en que despeñado
Será como vil escoria
Este pueblo infortunado,
Y con él todo un pasado
De libertad y de gloria!

(Pausa)

¡Noble Cristiano! Se aleja
Con el alma conmovida.
Aun menos que por su queja
Por ver cómo el alma deja
De Guarionex confundida.
Si hubiesen sus compañeros
Observado igual templanza
Y a su igual sido sinceros,
Hoy brillaran los primeros
Fulgores de su esperanza.
Pero rudos, e irascibles,
Y ambiciosos, y raptores,
Y hasta al dolor insensibles,
Temprano en sombras horribles
Velaron esos fulgores.
Ellos fueron los que hollaron
Al cacique de Marién:
Los que su templo incendiaron!
Los que audaces le arrancaron
La corona de la sien!
Los que mansos, sin tumulto,
Al rey de Maguana fueron
Fingiéndole rendirle culto;
Y fué este culto el insulto,
Que de grillos lo cubrieron.
Y con esos precedentes
De su vil ingratitude,
Tienen a mal que, valientes,
No ofrezcamos nuestras frentes



Al sello de esclavitud!
 Sólo uno se ha apartado
 Del mal camino. Uno solo
 Ha sido justo y honrado:
 El prudente Adelantado,
 Dicho también Don Bartolo.
 ¡Oh, cuán hábil reprehendía
 La crueldad del alma mía
 Mientras hablamos los dos!
 ¡Y qué cosas me decía
 De su patria y de su Dios!
 Yo le escuché embebecida;
 Y tanto me preocupaba,
 Que... casi estuve perdida
 Cuando tierna, conmovida,
 "Hija", su voz me llamaba.
 Quizá si sería un engaño
 Con que a probarme tentó...
 ¿Qué importa? No me hizo el daño
 Que el miserable Avendaño
 Cuando de amores me habló.

*(Oyese afuera el ruido de la pelea que
 aumenta progresivamente: el de los
 alaridos, tiros, caracoles, clarines...)*

¡Cielos! ¡Qué rumor!... No hay duda:
 ¡El combate se ha trabado!
 ¿Quién, pues, a mi hermano ayuda
 Si aquí la ordenanza ruda
 Del cacique me ha enclavado?
 Mentiste! No llegarán
 Esos nitáinos malditos!
 Los contrarios sí vendrán,
 Y al fin me esclavizarán
 Tras ultrajes infinitos.
 Que vendida y desarmada



En mi propio campamento,
 Pronto me veré asaltada
 Por ellos y condenada
 Del gran Caonabó al tormento!
 ¡Oh crueldad! Oh tiranía!
 Señor, yo me vuelvo loca!
 ¿Quién nunca sospecharía
 Que a otro se inclinaría
 Mi alma, siendo una roca?
 Yo, que nací independiente
 Como la luz y el ambiente
 Sufrir tanta humillación,
 Sin ver que por obediente
 Labraba mi perdición?
 ¡Oh Luquo! Si no temiera
 Tu furor que a todo alcanza,
 Rebelde al mandato fuera,
 Y allí con gloria muriera
 Y muriera con venganza.
 Y ni aun el mismo cristiano,
 Que sagaz me enternecía,
 Escapara a mi odio insano!
 Ni aun él, que con firme mano
 La vida le arrancararía.
 Mas... —¡cielos!— ya disminuye
 De la lid la confusión...
 Se debilita... concluye...
 ¡Ah! Cómo rápida afluye
 La sangre a mi corazón!
 ¿Llamaron?... ¿O fue que el viento
 Entre las hojas gemía?
 Tal vez... pero juraría
 Que apurando el sufrimiento
 Alguien mi nombre decía...
 ¡Oh! Qué terrible ansiedad!
 ¿Será un aviso de Dios?
 ¡Guatiguana! Si es verdad,



Muy pronto en la Eternidad
Nos reuniremos los dos.

—

ESCENA SEPTIMA
(*Iguaniona y Avendaño*)

IGUANIONA

¿Qué vienes a buscar en estos sitios,
Miserable mortal?

AVENDAÑO

A ti, Iguaniona.

IGUANIONA

¿A mí...? Tú estás demente.

AVENDAÑO

No. Los hados
Nuestra empresa, benignos, hoy coronan;
Y en nombre de Colón vengo a buscarte,
Pues sabe que te encuentras aquí sola
Y teme que en su triunfo desbordados
Nuestros *fletes* insulten tu persona.

IGUANIONA

Mejor escudo en Guatiguana el cielo
Ha tiempo me ofreció.



AVENDAÑO

Del Jimenoa
Arrastran con pereza las corrientes,
Falta de vida, su gigante forma.

IGUANIONA

(Cubriéndose el rostro)

¡Oh!

AVENDAÑO

(Aparte)

¡Cómo sufre!

IGUANIONA

Es imposible... ¡Muerto!
¡Y arrebatado el huracán no sopla,
Ni se estremece el mundo en sus cimientos,
Ni el sol se nubla, ni los mares roncan?
¡Imposible!...

AVENDAÑO

Iguaniona....

IGUANIONA

¡Tú has mentido!

AVENDAÑO

Deja que el labio, a tu pesar, te imponga
De los desastres que esta vez sufrieron
Las aguerridas quisqueyanas hordas.
Ciego, rugiente de furor, al llano
Con fuerza escasa descendió Guaora
La lid trabando; y aunque a poco tiempo
Corrió la nueva de su empresa loca



Y se lanzaron a auxiliarle algunos,
Fue inevitable su total derrota,
Que de las nubes, hasta nos bajando,
Una visión divina y salvadora
Tornaba en la mitad de la carrera
El dardo agudo y la mugiente onda (1).
Así, aterrados con aquel prodigio,
Viéndose heridos de sus armas propias,
Huyeron gemebundos a las selvas
Siguiéndoles la pista nuestras tropas.

IGUANIONA

¡Ah! Todo se ha perdido!

AVENDAÑO

Por lo menos
Ya nadie existe aquí que nos imponga.
Guaora va cautivo a la Isabela;
Maireni se estrelló contra una roca;
Guarionex anda prófugo, sin gente;
Y... el que tú sabes pereció en las ondas.

IGUANIONA

¡Poderoso Gran Ser! Sólo te resta
Que de la noche eterna entre las sombras
Hundas por siempre la infelice patria
Y la infeliz mujer que así la llora!
¿Qué espero ya? Las ilusiones mías,

(1) Dice la historia de la Conquista que durante esta batalla se vió a la Virgen de las Mercedes sentada en el brazo de una cruz formada, por los españoles, con los ramos de un níspero que se elevaba en la cúspide del Cerro donde se habían situado las tropas españolas; y que con la mano hacía girar contra los indios, desplegados en el llano, los proyectiles que aquéllos disparaban. El Cerro, llamado Santo desde entonces, rinde cultos a la divina Señora en un modestísimo Santuario distante 40 metros de un níspero que se dice ser oriundo del mismo en el cual se operó el milagro.



De amor, de santa libertad y gloria,
 Se alejan en tropel cual sútil bruma
 Que rebramando el Aquilón azota;
 Y el mundo, que esos sueños sustentaba
 Con la brillante luz de sus auroras,
 Es un oscuro, inmenso mar en donde
 La triste nave de mi vida flota.
 ¿Cuál seno será aquel en que la frente
 De hoy más reclinaré? ¿Cuál vigorosa
 Diestra mis pasos guiará por medio
 De los abismos que en mi senda brotan?
 ¡Muertos mi amante y mis amigos!... ¡Sierv
 De nuestros padres la heredad preciosa,
 ¿Cuáles son los destinos que me aguardan
 De la existencia en las futuras horas?
 ¿Cuáles destinos? Los que son ingentes
 Al infortunio y la orfandad tediosa...
 Padece los rigores del recuerdo;
 Morir, en fin, desesperada y sola.
 ¡Ay! Mísera de mí!

AVENDAÑO

Tu llanto enjuga
 Y escúchame, por Dios, dulce Iguaniona;
 Que a través de ese horrible desencanto
 Aun brilla una esperanza no remota.
 Si es evidente que implacable el hado
 Poder y sueños a la vez te roba,
 Es un delirio sospechar que el mundo
 Sin conmoverse tus lamentos oiga.
 “Huérfana” te dijiste... Mis grandezas,
 Mi porvenir, mis ambiciones todas
 Sacrificará yo porque esa frase
 Jamás se oyese en tu divina boca.

IGUANIONA

Y yo te diera sin dolor mi origen,
 Que al de los Dioses mismos se remonta,



Con tal que nunca percibir me hicieras
Ni el eco sólo de tu vil lisonja.

AVENDAÑO

No me ofendas así cuando sincero
Te ofrezco el corazón.

IGUANIONA

¿Y qué me importa?

AVENDAÑO

Recuerda mis palabras...

IGUANIONA

Yo recuerdo
Tu mensaje; y a fe que estás de sobra.

AVENDAÑO

¡Oh! Si es preciso que a tu breve planta
La timidez las ligaduras rompa,
Héme ya de rodillas repitiendo
Que mi alma, ciega, en tu virtud adora
Y en tu belleza y tu valor. La suerte
Que a Guatiguana te robó, con honra,
En mí con honra y con lealtad te ofrece
La protección que en él, perdida, lloras.

IGUANIONA

No es posible sufrir tanta insolencia,
Ni tanta inhumanidad, sin que la cólera
Levante en lo interior del triste pecho
Sus iracundas, renegridas olas.
Tú, que enemigo cruel de mis hermanos
Teñida con su sangre traes la hoja;
Tú, que el desastre sin temblar me cuentas
Y que en mi rabia y mi amargura gozas...



¡Ah! ¿Tú mi protector y tú mi amante?
¡Maldígame el Gran Ser como traidora!
¡Ofenda en aras, de tu amor impuro,
De Guatiguana la adorable sombra!

AVENDAÑO

¡Oh! Cuán injusta, en tu dolor, me humillas!

IGUANIONA

Aun más merece tu demanda loca.

AVENDAÑO

¡Mi dulce adoración!

IGUANIONA

Tu hipocresía.

AVENDAÑO

Nunca supe fingir.

IGUANIONA

Hasta esta hora.

AVENDAÑO

Me ofendes...

IGUANIONA

¡Sal de aquí!

AVENDAÑO

Antes escucha

Mis últimos acentos, Iguaniona.

IGUANIONA

Es inútil.



AVENDAÑO

Confiesa que me amas
Y allá, donde nací, te haré mi esposa.

IGUANIONA

(Aparte)

¡Oh! ¡Qué tenacidad!

AVENDAÑO

(Poniéndose de pié)

¿No me respondes?

IGUANIONA

¡Oh! Ya lo dije otra vez: ¡mi alma te odia!

AVENDAÑO

(Tratando de asirla)

Pues ven conmigo, esclava!

IGUANIONA

¡Esclava! ¡Cielos!

AVENDAÑO

Lo manda así Colón.

IGUANIONA

¡Tú mientes!

AVENDAÑO

¡Hola!



ESCENA OCTAVA

(Dichos y soldados españoles que entran por la izquierda).

AVENDAÑO

¡Atad esa mujer!

IGUANIONA

¡Atrás, cobardes!

AVENDAÑO

Os digo que la atéis.

IGUANIONA

Hunde tu hoja
En mi indignado corazón primero!

AVENDAÑO

Fuérame fácil, que yo mando ahora;
Mas sierva has de gemir.

IGUANIONA

(Delirando)

¡Oh, sí!... No hay duda!
Del universo por la azul corona...
Rueda una voz... fatídica... estridente...
Oíd, monstruos... Oíd... “¡Huye, Iguaniona!
“Huye veloz a los amigos suelos
“De Cuba o de Carib. Los altos cielos
“Irritados están porque ha crujido
“La sacra fruta bajo extraño diente;
“Y esclavo ha de gemir, y en hondo olvido,
“Pueblo que tal profanación consiente”...



AVENDAÑO

Perdóname, ¡oh mi Dios! La he vuelto loca!

IGUANIONA

Y yo no quise huir... Pero... El destino
Por justo premio a mi constancia heroica
Me deja en libertad...

AVENDAÑO

¡Oh sí! ¡Eres libre!

IGUANIONA

De hacer una elección que no es dudosa.
*(Saca del seno una flor y la chupa con
frenesí).*

“¡La tumba antes que sierva!”

AVENDAÑO

¡No!

IGUANIONA

Yo muero...
¡Qué confusión! ¡En dónde estoy? Las sombras
Envuelven mis pupilas... ¡Patria! ¡Hermano!
Salvé... mi.. libertad... sal..vé... mi.. honra!

(Muere)



ESCENA ULTIMA

*(Dichos, Bartolomé, el Sacerdote
—encadenado—, caballeros y soldados)*

AVENDAÑO

(Mostrando el cadáver)

Se envenenó, Señor.

SACERDOTE

¡Rey de la altura!
¿Aun esto me guardabas?

BARTOLOME

El le asista . . .
Y no consienta que a la edad futura
Se revele el horror de esta Conquista.

FI N





Esta segunda edición del drama indigenista Iguaniona, pristino volumen de la Colección Conmemorativa del Primer Centenario (1959) de la Logia Cuna de América —cuya portada ostenta un grabado emblemático realizado por el artista José Vela Zanetti—, fué impresa en los talleres de la Editora Montalvo y se terminó de imprimir el día XXX del mes de Noviembre del año MCMLIII.



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

